

CLANES DEL ESPACIO

CLARK CARRADOS

Clanes del espacio
Clark Carrados

Espacio El Mundo Futuro/304

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Lex Gratham supo la suerte que iba a correr, se aterró. A partir de aquel momento, podía decirse que estaba muerto.

Sus probabilidades de sobrevivir se habían reducido a cero. En cambio, las formas de morir eran muchas y muy variadas.

Lex Gratham había tenido el infortunio de enemistarse con un capataz de estiba a bordo de la espacionave «Buenavista». El mencionado capataz le tenía bastante ojeriza desde que en una escala efectuada en Farron VI perdiera el afecto, y el disfrute, de los numerosos encantos de una marrhoniana de ojos amarillos y cabello azul, extraña combinación de colores fisonómicos, que en nada afectaba, sin embargo, a su conformación anatómica, de ricas y voluptuosas formas, tan bellas como pudieran ser las de la más hermosa de las terrestres. Gratham era un muchacho sumamente apuesto, por lo que se había llevado de calle a la marrhoniana, dejando al capataz Singer con dos palmos de narices, como vulgarmente suele decirse.

En vista de ello y para desquitarse, Singer se había dedicado a la agradable tarea -para él, claro está- de hacer la vida imposible a nuestro héroe. Lex Gratham era paciente y conocía los castigos que podían imponerse cuando se recurría a la severísima ley del espacio, y así había llegado a soportar casi lo insoportable. Hasta que un buen día, Singer le envió al espacio a recorrer el casco en busca de orificios de meteoritos, con un traje en cuyos depósitos apenas si había oxígeno para un par de tragos. Gratham había estado a punto de perecer, de modo que, en cuanto regresó al interior de la nave, se lió a puñetazos con el antipático capataz, quien fue a parar a la enfermería con varias contusiones en su maltratado cuerpo: un ojo a la funerala, el occipital casi hecho astillas, un brazo convertido en un sacacorchos y tres costillas reducidas a polvo de calcio para reconstituyente de sujetos

anémicos.

Como consecuencia de ello, el capitán Lepaine, comandante de la «Buenavista», reunió el consejo de oficiales, a fin de juzgar la acción del joven. Y la decisión del consejo, expuesta por boca de su presidente, que daba la casualidad de que era íntimo del capataz descalabrado, fue la siguiente:

—Viajarás en el bote de exploración hasta que hayamos avistado Rapsitl. Entonces, te será permitida la vuelta a la «Buenavista». —Lepaine emitió una perversa sonrisa—. Si queda algo de ti para entonces, por supuesto.

Gratham no intentó siquiera protestar; sabía que todo lo que hubiera hecho al respecto, habría resultado inútil. Estuvo tentado de pedir que le echaran al espacio sin traje de vacío, pero se contuvo. Ésta hubiera dado como resultado una muerte instantánea, en tanto que, de la otra forma, el óbito se difería unas horas o unos días. Pero, se dijo, mientras viviera, había esperanza de sobrevivir.

Los peligros que esperaban a Gratham eran muchos y muy diversos. La «Buenavista» estaba aproximándose a Rapsitl, un extraño planeta de la constelación de Hércules, una de cuyas características era la de estar rodeado por un espeso cinturón de asteroides, comparado con el cual, el que existe entre Marte y Júpiter es una bagatela. Atravesar aquel cinturón, una esfera es la palabra más adecuada, había costado más vidas que cualquier otra exploración por el espacio.

Los asteroides pululaban en espesas bandadas en torno a Rapsitl, en órbitas que oscilaban entre el medio millón y los dos millones de kilómetros; y los había de todos los tamaños, desde un simple granito de arena hasta el que alcanzaba varias decenas de kilómetros de diámetro. Aparecían de repente -el radar emitía imágenes confusas, enloquecedoras, que aturdían al navegante de guardia- y como no se anduviera listo, la espacionave se iba al demonio.

Por dicha razón, Gratham era enviado al bote explorador, a fin de que fuese tanteando el espacio hasta hallar un hueco que permitiese el paso de la «Buenavista» al otro lado del cinturón de asteroides y entrar en las inmediaciones de Rapsitl.

Pero aún había más. Los hombres de la «Buenavista» formaban un equipo duro, compacto, aguerrido, y estaban dispuestos a ir a

Rapsitl, enriquecerse rápidamente y volver. Porque hasta la fecha, si bien se tenía noticias de que algunas astronaves habían conseguido aterrizar en aquel planeta, no se sabía, en cambio, de ninguna que hubiera regresado. Todas las espacionaves que habían conseguido franquear aquel obstáculo se habían perdido. O, por lo menos, eso se suponía, ya que no se había vuelto a tener jamás la menor noticia de ellas ni de sus tripulantes.

Los rumores que circulaban acerca de Rapsitl y sus habitantes no podían ser más fantásticos. Los terrestres sabían de los rapsitlanos lo mismo que sus antepasados de la primera mitad del siglo XX conocían de algunas de las tribus salvajes de la selva amazónica: sabían que existían y que todavía incluían la carne de exploradores en su menú; pero no podían decir más de ellos. Pues bien, algo parecido sucedía trescientos años después con los rapsitlanos.

Unos aseguraban que tenían cuatro brazos y seis ojos, y otros sostenían que eran gigantes de una talla cuádruple de la normal terrestre. Había quien decía que eran enanos carnívoros, con doble fila de dientes, parecidos a los de las pirañas de las selvas brasileñas; algunos sostenían la peregrina hipótesis de que eran mitad humanos, mitad reptiles, es decir, algo parecido a un centauro mitológico, pero con la mitad inferior del cuerpo en forma de cola de serpiente.

Circulaban también otras fábulas acerca del misterioso Rapsitl.

Se decía que hombres y mujeres eran de gran belleza y que su promedio de vida era triple que el terrestre. Las historias se complacían en presentar a Rapsitl como una especie de paraíso terrenal, donde la vida era sumamente fácil y donde bastaba alargar la mano para coger el alimento de los árboles. En lugar de guijarros, en los ríos había diamantes y piedras preciosas de todos los colores, y las arenas de sus playas estaban compuestas por fino polvo de oro en más de un cincuenta por ciento. Por estas razones, se comentaba, los rapsitlanos defendían tan enconadamente su planeta y mataban a todos los intrusos, para que no les arrebatasen sus riquezas.

En vista de ello, el capitán Lepaine, un sujeto berroqueño, ambicioso y sin escrúpulos, había reunido una tripulación de doscientos cincuenta hombres, dispuestos a todo, con el fin de asestar un buen golpe en aquel fabuloso planeta que les permitiera vivir sin trabajar durante el resto de sus días y cesar en el

vagabundeo estelar, comerciando de planeta en planeta, para sacar unas miserables monedas de beneficio -miserables en comparación con los sacos de diamantes que podían obtenerse en Rapsitl. El espíritu de aventura había impulsado a Lex Gratham a unirse a aquella tripulación de piratas y ahora se estaba arrepintiendo amargamente de haber seguido aquel impulso.

Dos horas después de haber sido dictada la sentencia, se hallaba a bordo del bote explorador.

* * *

El bote explorador viajaba a doscientos cincuenta mil kilómetros por delante de la astronave, siguiendo una línea recta con el eje longitudinal de la misma. Era un pequeño aparato, dotado de alas para caso de planeo en mundos con atmósfera, capacidad para dos personas y reservas de agua, oxígeno y víveres para dos semanas.

La energía que movía el bote era emitida radialmente por la «Buenavista», aunque la pequeña navecilla disponía de unos propulsores propios. Pero su dotación de combustible era mínima, de modo que al joven no le quedaba el recurso de escapar. Aparte de que hubiera sido alcanzado rápidamente por la «Buenavista», el contenido de los tanques se habría agotado en pocas horas. Realmente, el capitán Lepaine era un tipo astutísimo que no dejaba ningún cabo sin atar.

Gratham llegó al bote, se despojó del traje de vacío y enseguida se situó ante los mandos. El bote, en aquellas condiciones, era un parachoques. Si era alcanzado por un meteorito de pequeño tamaño -los grandes podían ser avistados por el radar de la «Buenavista»- su destrucción indicaría a los astronautas que debían corregir su órbita de vuelo. Normalmente, el funcionamiento de los instrumentos del bote era automático, y de la misma forma eran recogidas sus indicaciones en la «Buenavista», pero Lepaine tenía la suficiente autoridad para obligarle a ocupar la navecilla. Y él había incurrido en las iras de Lepaine -como en los viejos tiempos de la navegación por mar, el capitán de una espacionave seguía siendo el amo a bordo después de Dios.

Revisó los instrumentos hallándolos en perfecto estado. Conectó el radar al claxon de alarma y luego abrió el armario de los víveres. Puesto que no podía hacer otra cosa que resignarse con su suerte,

era preciso tomárselo con filosofía. Se preparó algo de comer y un poco de café, después lo envió todo al diablo y se tendió a dormir tranquilamente en una de las dos literas que había en la cabina.

Cuarenta y ocho horas más tarde, sonó el claxon primera vez, anunciando la vecindad de un cuerpo celeste.

Gratham saltó de la litera y se sentó ante el cuadro de instrumentos. Pulsó el botón de la radio y pidió le fuera transferido el gobierno de la nave. Cualquier maniobra que ejecutase con el bote, sería seguida fielmente por la «Buenavista».

A partir de aquel momento, se produjo una enloquecedora sucesión de bocinazos. Los asteroides abundaban como las moscas en un pastel y Gratham tenía que manejar sin descanso los controles direccionales, corrigiendo las trayectorias, a fin de esquivar los choques contra los cuerpos celestes. El radar era un chisporroteo continuo, pero gracias a sus indicaciones, el joven podía hacer avanzar a las naves en un incesante zigzagueo, siguiendo un paso que les permitiría llegar al otro lado del círculo de asteroides. Sabía que si lo conseguía, y podían escapar de Rapsitl, la vuelta sería mucho más fácil, ya que la trayectoria estaba siendo grabada en la memoria electrónica de la computadora orbital de la espacionave.

En una ocasión, les salió al paso un asteroide monumental. Era tan grande, que el joven pudo verlo sin necesidad de instrumentos, un gigantesco pedrusco de quince o veinte kilómetros de diámetro, que avanzaba girando lentamente por el espacio. El asteroide cruzó a menos de diez kilómetros de la proa del bote, siguiendo una órbita oblicua, tanto que casi parecía que iba a chocar con la proa del bote. Durante unos terribles momentos, Gratham permaneció clavado en su asiento, rígido, inmóvil, la frente cubierta de sudor, en espera el choque fatídico de un momento a otro.

El asteroide pasó. Pero, casi al momento, el radar detectó otro... y otro... y otro... Aquella sucesión de cuerpos celestes no parecía tener fin.

Veinticuatro horas más tarde, Lex Gratham se hallaba al borde del agotamiento. Sólo se había movido escasos minutos de su sillón y la barrera no tenía trazas de terminar. De pronto, cuando ya se dormía en su puesto, cuando, vencido por la fatiga, se le doblaba la cabeza sobre el pecho, vio brillar un fogonazo en el cielo.

El bote sufrió una ligera sacudida. Gratham se espabiló en el

acto. Echó un vistazo sobre los instrumentos. El indicador de enlace energético con la «Buena-vista» estaba a cero.

El joven se quedó aterrado. Era evidente que la espacionave había sido alcanzada por un asteroide que él había conseguido salvar sin sufrir el menor daño.

Para convencerse de la hipótesis, llamó por la radio sin recibir la menor respuesta.

En aquel momento, un objeto metálico pasó por delante de él, a pocas docenas de metros de distancia. Era un trozo enorme del casco de la «Buenavista», parte de la proa y de la bodega delantera de estribor; aparecía con los bordes destrozados y retorcidos por la inenarrable fuerza del impacto, el cual, acto seguido, debía haber producido la explosión de la nave.

¿Cómo había podido suceder una cosa así?, fue la primera pregunta que se formuló. No encontró ninguna respuesta adecuada, salvo la de que los golpes propinados a Singer habían constituido su buena suerte... hasta el momento, puesto que aún no había franqueado el temible cinturón.

Pero todavía le quedaba otro problema más grave que resolver, suponiendo que consiguiera pasar al otro lado de la barrera de asteroides: los rapsitlanos. ¿Cómo eran? ¿Qué aspecto tendrían? ¿Era cierto que se comían a todo astronauta que tenía la mala suerte de aterrizar en su planeta? ¿Le torturarían antes de matarle? Pero, sobre todo, ¿tendría combustible suficiente para aterrizar en Rapsitl?

De pronto le invadió una infinita laxitud. Cansado, exhausto, con los nervios destrozados después de veinticuatro horas de lucha incesante con los mandos del bote, se sintió decaer. De repente, dobló la cabeza sobre el pecho y se durmió.

CAPÍTULO II

No supo cuánto tiempo había estado dormido. Cuando despertó y abrió los ojos, lo primero que vio ante sí fue la imagen de un mundo, situado, según el indicador de distancias, a seiscientos mil kilómetros de la proa de su nave.

El detector de gravedad le indicó que era la de Rapsitl -pues no

tenía la menor duda de que era Rapsitl el planeta que estaba viendo- la que atraía con más fuerza a su navecilla a cada segundo que pasaba. El indicador de intensidades le dijo que la gravedad de Rapsitl era nueve décimas de la terrestre. Los restantes instrumentos señalaban una atmósfera respirable y unas condiciones de vida aproximadamente terrestres. Por este lado, pues, no tenía motivos de preocupación.

Los motivos de preocupación estribaban en los habitantes de aquel planeta y su comportamiento con él una vez hubiese llegado a tierra. Porque Gratham sabía que no le quedaba otro remedio que hacerlo, ya que no tenía combustible, no ya para atravesar la temible barrera de asteroides, sino ni siquiera para intentar llegar a cualquier otro mundo habitado y más pacífico que el que divisaba.

Sintió hambre. Aunque se acercaba a Rapsitl a gran velocidad, dedujo que tenía tiempo sobrado para tomar un refrigerio. Se preparó un «sándwich» de alimentos concentrados y una taza de café. A mitad de la comida, tuvo que tirarla a un lado. El claxon acababa de sonar.

Se abalanzó sobre el radar y estudió la pantalla. Dos puntos luminosos aparecían en el cristal luminoso y se acercaban a gran velocidad.

Estaba completamente desarmado, salvo una pequeña navajilla para usos domésticos. Y el bote no llevaba cañones lanzarrayos ni cosa que se le pareciera. La «Buenavista» sí, había estado poderosamente armada, pero la «Buenavista» no existía ya.

Los puntos luminosos crecieron en velocidad. Gratham conectó la pantalla visora. La imagen de dos naves, de alas de trazado en flecha y aguzada proa, apareció inmediatamente ante sus ojos.

Tensó todos sus músculos, esperando en cualquier momento el disparo fatídico que le reduciría a polvillo estelar. Por lo menos, en un sentido, los rapsitlanos no eran atrasados, ya que disponían de espacionaves -quizá lo correcto hubiera sido decir naves suborbitales.

Los aparatos rapsitlanos describieron sendos semicírculos en el espacio, situándose en un santiamén a sus flancos. Gratham miró a derecha e izquierda, sin poder ver lo que había en el interior de aquellos aparatos, ya que no disponían de lucernas como el suyo. Quizá se guiaban por radar o bien usaban periscopios, o acaso el

metal era transparente desde dentro, pero opaco desde fuera. De lo que no cabía la menor duda era que debía seguirlos sin titubear un segundo.

Poco más tarde, notó una cierta resistencia en la proa de la nave. Estaba entrando ya en la atmósfera de Rapsitl.

A medida que descendía, la imagen del planeta perdía curvatura y se hacía más plana. La velocidad de la nave disminuyó hasta alcanzar la de aterrizaje.

A tres mil metros de altura sobre el suelo, Gratham dio una vuelta, en busca de un lugar adecuado para la toma de tierra. Los dos aparatos de escolta le seguían fielmente, sin ejecutar ningún acto hostil, pero sin perderle de vista un solo momento.

Por supuesto, las leyendas que mostraban a Rapsitl como un paraíso mentían descabelladamente. Al menos, en aquella parte, árida y desértica, de rocas grises y fajas algo más claras, sin la menor sombra de un río o de un arroyo y mucho menos de un vegetal de cualquier clase.

Al cabo de unos momentos, divisó una extensión de terreno que le pareció lo bastante llana para aterrizar. Dio la última vuelta y sacó el tren. Segundos más tarde, las ruedas tomaban contacto con el suelo.

Al detenerse la nave, abrió la escotilla. Una ráfaga de aire caliente, como salida de la boca de un horno, penetró de inmediato en su cabina. Saltó al suelo, justo en el momento en que los otros dos aparatos se detenían a corta distancia del suelo.

Sentía que el corazón le latía aceleradamente, pero procuró mostrar serenidad. Al menos, se dijo, debía portarse como un terrestre en sus últimos momentos.

Las escotillas de los aparatos que le habían seguido se abrieron también y varios sujetos saltaron al suelo. Gratham pudo comprobar que su conformación anatómica era enteramente idéntica a la suya. En cambio, la vestimenta le pareció anacrónica y estrafalaria.

Iban equipados con unos cascos redondos de metal brillante, que en otra ocasión le hubieran producido hilaridad. Todos llevaban al costado una espada corta y ancha y en las manos una especie de fusil de rara construcción, en los cuales no tardó el joven en reconocer una especie de ballestas para lanzar flechas de metal. El resto de la indumentaria lo componían una coraza articulada de

metal y unos pantalones cortos de color encarnado. Calzaban sus pies con unas botas de media caña, muy ajustadas a las extremidades, y, en el lado opuesto al de la espada, llevaban una especie de cantimplora.

Los individuos se le acercaron. Uno de ellos le encaró su fusil lanzaflechas y le dijo algo en un idioma extraño, rechinante, de sonidos metálicos.

—Lo siento —contestó el joven—. No comprendo vuestro idioma. Me llamo Lex Gratham, y procedo de Tierra, de Sol.

El hombre que parecía ser el jefe de la patrulla le increpó furiosamente, dirigiéndole una serie de invectivas de las cuales Gratham, por descontado, no entendió nada en absoluto.

—No entiendo —repitió.

El guerrero movió su extraño fusil, a la vez que daba un paso lateral. Gratham sí entendió el gesto. Se le ordenaba subir a uno de los aparatos. Encogió los hombros y echó a andar. Toda resistencia, se dijo, resultaría inútil.

Trepó por la escalerilla del artefacto. Apenas si tuvo tiempo de examinar su interior, porque una vez hubo franqueado la escotilla, dos fuertes manos le agarraron por los brazos y le condujeron hasta un minúsculo cubículo, en el que había un solo sillón. Un guerrero le obligó a sentarse, le sujetó con unas correas, después de lo cual cerró la puerta, dejándole sumido en la más completa oscuridad. A poco notó que el aparato se elevaba, emprendiendo la marcha en dirección a un lugar desconocido.

En vista de que no podía ver nada, aprovechó la ocasión para arrellanarse en el sillón y descabezar un sueñecillo. Durmió durante un lapso de tiempo que no supo calcular, porque cuando despertó lo hizo bajo el afecto de un rayo de luz que le daba directamente en los ojos.

Parpadeó, tratando de habituarse al resplandor. El guerrero movió la mano, a la vez que ladraba una orden en su chirriante lenguaje. Gratham se liberó de las correas y se puso en pie.

Salió fuera del aparato, hallándose en el centro de un angosto patio, enmarcado por altos muros de piedra. Esto le dijo que el artefacto volador podía aterrizar y despegar verticalmente, ya que de otro modo no habrían podido alcanzar el fondo de aquel patio, el cual, dada la enorme altura de sus paredes, más parecía un pozo de

colosales dimensiones.

Algo duro se apoyó en su espalda, obligándole a caminar hacia adelante. Recorrió así unos pasos, hasta alcanzar una puertecita abierta en la base de uno de aquellos muros, en cuya composición entraba una piedra muy semejante al granito terrestre.

Delante, divisó una escalera que se hundía en el subsuelo. De trecho en trecho había unas lámparas que parecían hechas a base de aceite y una torcida de algodón, las cuales expandían un lúgubre resplandor en el ambiente. Gratham contó hasta cerca de un centenar de escalones, antes de detenerse ante una puerta de sólido metal.

Uno de sus captores descorrió el enorme cerrojo que inmovilizaba la puerta, en cuya parte superior había un ventanuco de unos treinta centímetros de lado, provisto de una fuerte reja de hierro. El sujeto abrió la puerta y pegó un fuerte empellón a la espalda del joven.

Gratham trastabilló y atravesó el umbral a trompicones. Todavía no se había recuperado cuando ya el cerrojo sonaba con fuerte chasquido.

El joven permaneció unos momentos en pie, tratando de taladrar con la mirada las espesas tinieblas que le rodeaban. Suponía que se hallaba en una celda subterránea, pero la luz que penetraba por el ventanuco, procedente de una lámpara situada a una docena de escalones más arriba, era insuficiente para poder captar, por el momento, los detalles de su encierro.

Al cabo de un rato, sus pupilas se habituaron a aquella semioscuridad. Entonces vio que la celda tenía unos cuatro metros de lado y que se hallaba desnuda de todo mueble. Las paredes, la puerta y el suelo, esto era todo lo que había allí... ¡No! ¡Algo se agitaba en un rincón!

Gratham se estremeció. Horribles historias de fantásticos monstruos espaciales cruzaron al instante por su mente. ¿Le habrían encerrado allí para alimento de una fiera de extraña conformación?

Deglutió saliva, procurando darse ánimos a sí mismo. El bulto volvió a moverse.

—¿Quién hay ahí? —preguntó, lleno de una angustia atenazante.

Sonó un gruñido. Luego, una voz áspera, ronca, como emitida

por una laringe de caña sonando dentro de un cilindro de lata, dijo:

—Soy Abzil.

Las pupilas del joven ya captaban más luz. Vio que el individuo se ponía en pie y se le acercaba, aunque la iluminación era todavía defectuosa para precisar más detalles.

—Me llamo Gratham, Lex Gratham, de Tierra, de Sol —expresó.

Abzil soltó algo parecido a una risita.

—Tierra, de Sol —dijo—. Conozco ese planeta. Buen planeta, diablos. Muy divertido... aunque tienen todavía muchos prejuicios contra nosotros, los de Fraddiwor.

El joven se estremeció. Aun sin poder divisar del todo a su compañero de reclusión, podía imaginarse su configuración anatómica. Los fraddiworianos eran unos seres extrañísimos, cubiertos de vello de la cabeza a los pies, de una estatura nunca superior al metro y medio y si bien parecían, por sus facciones, vagamente humanos, su aspecto era más bien el de un monstruo arácnido, a causa de los dos pares de brazos que tenían en el peludo tórax. Los terrestres no habían podido acostumbrarse todavía a la apariencia de los fraddiworianos, lo que había motivado el ácido comentario de Abzil.

—Una vez estuve yo también en tu planeta —contestó el joven —. Me gustó.

—Estás mintiendo, terrestre —dijo Abzil. Sus ojos, de rojas pupilas, brillaban como rubíes en la oscuridad—. Pero no importa; en la situación en que nos hallamos, tanto da que te guste Fraddiwor como que te dé asco. ¿Por qué estás aquí?

—Me cogieron prisionero, eso es todo lo que sé, Abzil —respondió el joven.

Acto seguido, hizo una rápida y concisa relación de lo que le había sucedido hasta el momento de su llegada al subterráneo.

—Conque fue eso, ¿eh? —murmuró Abzil—. Más hubiera valido estrellarte contra algún asteroide, te lo aseguro.

—¿Por qué? ¿Es que piensan torturarnos?

—¿Te parece poca tortura estar encerrado en este infecto lugar, sumido en perpetua penumbra, con la única visita una vez al día de un guardián para traerte la comida? Puede que te parezca risible, pero yo llevo ya doce años aquí. ¿O son trece? —Abzil hizo el movimiento fraddiworiano equivalente al terrestre de encogerse de

hombros—. Bueno, ¿qué más da?

—¡Doce años! —exclamó el joven, estupefacto y aterrado—. ¿Y en todo ese tiempo, no has salido nunca de aquí?

—No —contestó Abzil.

El joven sintió que le flaqueaban las piernas. ¡Doce años!, repitió, mientras, incapaz de sostenerse en pie, se dejaba caer al suelo, quedando sentado con la espalda apoyada en el muro. Doce años encerrado en aquel cubículo situado a treinta metros bajo el suelo. Le pareció milagroso que Abzil no hubiera enloquecido.

—Yo... yo creía que los rapsitlanos torturaban y mataban a sus víctimas —comentó con acento desmayado.

—A veces —respondió Abzil—. Pero ¿te parece poco tormento pasar aquí doce años completamente incomunicado, sin tener con quién hablar, solo en la penumbra...?

—Por favor —gimió Gratham, sintiéndose vencido—. No me lo repitas. No me describas ese panorama. Me entra frió cada vez que lo pienso. —Estaba a punto de echarse a llorar como un chiquillo—. Ojalá me hubiera estrellado contra un asteroide cuando venía hacia aquí —terminó, completamente desesperado.

CAPÍTULO III

En los días que siguieron, largos, lentos, monótonos, exasperantes, Gratham tuvo ocasión de enterarse de muchas de las particularidades de aquel planeta y de sus extraños moradores. La conversación con el hombre de Fraddiwor le distraída y apartaba de su mente los lúgubres pensamientos que le asaltaban a cada instante.

La vida en su encierro era monótona y desesperante. Todos los días, a una hora variable, aunque no demasiado, un par de esbirros bajaban con la comida, una pasta insípida y consistente, parecida a una jalea de frutas que hubiera sido desprovista de su sabor, y un gran jarro con agua. La pasta alimentaba, pero a Gratham le resultaba harto desagradable tomarla y sólo lo hacía cuando le apretaba el hambre. En un rincón de la celda había un agujero situado al nivel del suelo, de unos veinte centímetros de anchura; era el sumidero.

Por debajo del orificio y a una profundidad indeterminada,

pasaba un río subterráneo. El ruido de la corriente se acentuaba a veces y su tronar subía hasta la celda, amplificado por las paredes circulares del tubo. Gratham había pensado en más de una ocasión utilizar aquel orificio para intentar la huida, pero el diámetro del agujero era demasiado angosto para intentarlo siquiera.

Según le explicó Abzil, los habitantes de Rapsitl estaban divididos en clanes que permanecían en estado de guerra casi continuo.

—La verdadera paz es algo que desconocen prácticamente. Casi sin cesar se combaten unos a otros y no suelen hacer prisioneros. Los heridos son rematados y sus propiedades pasan a engrosar el botín del vencedor.

—Pero —dijo Gratham— he podido darme cuenta de que conocen la astronáutica. Y, sin embargo, no usan armas de fuego. ¿Cómo es posible cosa semejante?

—Tengo entendido que hace muchísimos años, una poderosa raza, que procedía de un rincón muy remoto de la Galaxia, invadió Rapsitl. Eran seres de civilización muy avanzada y conquistar este planeta les resultó relativamente fácil. Permanecieron en él como dueños y señores largos siglos, hasta que, un día, los rapsitlanos se sublevaron y los exterminaron a todos.

»En el transcurso del tiempo, los invasores se habían acomodado a las peculiaridades de la vida rapsitlana y aun se habían mezclado con ellos. Pero hubo una cosa que no hicieron jamás los invasores, pese a todo: fue enseñarles el manejo de sus poderosas armas. Sí les enseñaron, en cambio, a pilotar una astronave, pero los rapsitlanos no se han distinguido nunca por su facilidad de comprensión de ideas. Cuando se quedaron solos, intentaron los vuelos por el espacio. El cinturón de asteroides primero y luego su propia inexperiencia hicieron que la mayoría de las naves de los invasores fuera desapareciendo poco a poco. En la actualidad, deben de quedarles menos de un centenar, repartidas entre los distintos clanes. Éste que nos tiene prisioneros es el de Wapsitl.

Gratham asintió.

—De modo que saben volar en una astronave, pero no conocen el fundamento de las armas de fuego.

—Exactamente —convino Abzil—. Imagínate que vosotros, cuando todavía estabais explorando vuestro propio planeta,

hubierais instruido a una tribu de salvajes, enseñándoles todo cuanto sabíais, excepto el manejo de cualquier clase de armas, sin mencionárselas jamás para nada. El resultado sería que, ahora, esos salvajes estarían recorriendo el espacio, con arcos y flechas y azagayas como suprema expresión de un armamento ofensivo.

—Entiendo —dijo el joven—. Así que los rapsitlanos sólo son felices cuando se combaten unos a otros.

—Poco más o menos —respondió Abzil.

—Cuando me trajeron, pasé por un patio de grandes muros lisos. No me pareció que sea éste un mundo donde sus habitantes naden en la riqueza.

Abzil emitió una ligera risita.

—Conozco la fama de Rapsitl, terrestre, y conozco también vuestras leyendas acerca de este planeta. Son todas infundadas, puedo asegurártelo. En cualquier río de la Tierra hay más diamantes que en toda la superficie de Rapsitl.

—Los uniformes que vi parecían de oro.

—No lo creas. Es un metal muy parecido, pero distinto. Rapsitl es un planeta muy pobre, con escasas zonas de vegetación; ésta es una de las causas por las cuales están peleándose unos con otros casi de continuo.

—El hambre.

—Poco más o menos. Cuando los componentes de un clan se dan cuenta de que su zona está a punto de agotarse, emprenden la marcha en busca de otra zona más fértil. Unas veces triunfan, otras son exterminados. Una historia más bien monótona, convendrás conmigo.

—Sí —el joven suspiró—. Muy monótona. Y añadió—: Sobre todo, para nosotros.

Los días transcurrieron, lentos, tediosos, exasperantes. Gratham se acariciaba de cuando en cuando la cara notando que el vello le crecía cada vez más. «A este paso, se dijo, cualquier día me pisaré la barba».

Un día, no sabía cuánto tiempo llevaba encerrado, había perdido la noción del mismo, al terminar de utilizar el sumidero, notó que una de las losas del suelo se movía un poco.

Muy intrigado, se puso de rodillas y se dedicó a examinar la losa centímetro a centímetro. Sus ojos se habían habituado de tal modo

a la semipenumbra, que ya podía distinguir con toda facilidad los menores detalles.

La argamasa que unía las losas se había removido ligeramente. Una chispa de esperanza brilló de pronto en el corazón del joven.

—Abzil, acércate.

El cuadrumano se aproximó.

—¿Qué sucede, Lex? —preguntó.

—Mira esto —dijo Gratham.

Abzil examinó la losa con toda atención. Por el tubo subía el rumor del río subterráneo.

—Sé lo que piensas —observó el fraddiworiano.

Los ojos del joven refulgieron en la penumbra.

—¿No lo intentarías tú, Abzil?

El cuadrumano demoró la respuesta un segundo.

—De todas formas —dijo—, para morir aquí encerrados lentamente, más vale terminar de una vez y para siempre.

—Estoy de acuerdo contigo, Abzil. ¿Empezamos?

—Vamos.

Para comer la pasta utilizaban unas cucharas de metal en forma de paleta. Usando los mangos, empezaron a escarbar los intersticios de la losa.

A pesar de todo, fue una labor de días. La losa era más gruesa que lo que creían y no estaba tan suelta como les había parecido en un principio. Pero el ansia de variar de situación era muy fuerte y así, varias semanas después de haber empezado el trabajo, pudieren apartar la losa a un lado.

El orificio quedó ensanchado en el doble. Aun así, resultaba todavía angosto, sobre todo para Abzil, cuya anchura de hombros era descomunal. Los dos prisioneros continuaron trabajando sin reposo, hasta que, al fin, las losas que componían el orificio quedaron apartadas a un lado.

Entonces quedó al descubierto un agujero de metro y medio de ancho, suficiente para permitirles el paso cómodamente. El problema era ahora llegar al río.

—Y no sabemos si corre por el túnel, en cuyo caso nos ahogaríamos —opinó Gratham.

Abzil le miró con fijeza.

—Quedamos en que cualquier riesgo es preferible a continuar

aquí encerrados quizá para siempre.

—Es cierto —aseguró el joven—. Lástima que no dispongamos de una antorcha para ver un poco y saber las características del pozo.

La luz que penetraba por el ventanuco era insuficiente para divisar la superficie del río subterráneo. Por un instante, Gratham percibió una angustiosa sensación de claustrofobia, un raro sentimiento que le produjo un fuerte espasmo gástrico. Pronto se dominó, sin embargo, merced a un poderoso esfuerzo de su voluntad.

Antes de lanzarse a la aventura, quiso saber la distancia que les separaba del río.

—Trae el cántaro, Abzil —pidió.

El cuadrumano obedeció en el acto. Gratham suspendió el cántaro sobre la abertura y lo dejó caer, a la vez que contaba con cierto ritmo. Uno... dos... tres... cuatro... El ruido del choque del cántaro contra la superficie de las aguas le llegó justo al terminar de contar el quinto segundo.

Un sencillo cálculo, fundado en la uniforme aceleración de la caída, le dijo que la distancia desde la boca del pozo al río oscilaba entre los quince y veinte metros. Tragó saliva con temor.

—Bueno —dijo Abzil—, ¿qué hacemos?

—De acuerdo —contestó el joven—. Sea lo que Dios quiera.

Y saltó al vacío.

Cayó como una piedra, sintiendo en sus oídos el rugido del viento desplazado por su cuerpo. De pronto se hundió en el agua con tremendo choque.

Encogió las piernas por instinto, a fin de frenar la velocidad de penetración en el seno de la masa líquida. A pesar de todo, tocó fondo, aunque ya apenas sin fuerza.

Taloneó con frenesí, para salir a la superficie. La corriente era muy fuerte y le arrastró rápidamente. Asomó la cabeza fuera del agua y levantó un brazo, tocando el techo rocoso de un túnel por cuyo interior corría el río. Luego tuvo que dedicarse a nadar, para mantener al menos la cara fuera del agua y poder respirar.

El río le arrastró a gran velocidad durante un tiempo cuya duración no supo calcular. El agua estaba muy fría y, al cabo de un rato, Gratham empezó a tiritar. Pensó que si no salía pronto fuera

del agua, acabaría sucumbiendo de frío. De pronto, cuando ya desesperaba de salvarse, divisó un punto luminoso a lo lejos.

Creyó oír un grito a sus espaldas, pero el fragor del torrente atronaba sus oídos. La luz aumentó de intensidad, a la vez que crecía la velocidad de la corriente.

De repente se sintió lanzado al espacio. En medio de un ruido espantoso, cayó por una gran cascada, envuelto en espumas. Se sumergió profundamente y pataleó con todas sus fuerzas para evitar la asfixia por inmersión. Los remolinos de la masa líquida le zarandearon de un sitio para otro, amenazando con ahogarle. Cuando menos lo esperaba, el agua empezó a remansarse. Entonces pudo salir a flote.

La luz, intensísima, dañó sus ojos, obligándole a cerrarlos. Después de tantos días de encierro, el resplandor del sol de Rapsitl le dañaba las pupilas. Abriendo y cerrando los ojos alternativamente, nadó en busca de un asidero. De pronto, su rodilla tropezó con algo duro.

Unos momentos más tarde, yacía sobre tierra firme, jadeante y exhausto, reventado de fatiga, sin acabar de creer aún en su buena suerte. Oyó un roce a su lado y supuso que debía de tratarse de Abzil, por lo que no se movió siquiera del lugar en que se encontraba.

—¿Estás… bien? —preguntó el fraddiworiano, jadeante.

—Sí —jadeó él—. Pero muerto de fatiga. Diablos, creí que nunca iba a acabar de salir de ese maldito torrente.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en el suelo. El sol calentaba de firme, lo que le hizo desaparecer pronto el frío que se le había metido en el cuerpo. Miró a su alrededor y pudo ver la cascada que brotaba de un enorme agujero abierto por las aguas en el seno de una montaña a cuyo pie se encontraban.

Al caer, el río formaba como una especie de balsa de unos cientos de metros de anchura. Luego, por un angosto cañón abierto entre las rocas, se deslizaba hasta perderse de vista.

Las laderas aparecían cubiertas de vegetación, frondosa y abundante. Gratham se encontró al pie de un árbol, de cuyas ramas pendían unos extraños frutos, parecidos a uvas terrestres, aunque de granos mucho mayores. Se puso en pie, y estiró el brazo y arrancó un racimo.

—¿Esto es comestible, Abzil? —preguntó.

El fraddiworiano guiñó los ojos. Todavía se sentía deslumbrado.

—Sí —contestó, sin moverse del lugar en que se hallaba, directamente bajo los rayos solares.

Con gran asombro, aunque sin mostrarlo al exterior, Gratham observó que el pelo que cubría por completo el cuerpo de Abzil era totalmente blanco, pero que los rayos del sol ejercían alguna extraña influencia sobre su epidermis, porque el vello se tornaba rápidamente de un color marrón oscuro.

Como estaba hambriento, pronto despachó un par de racimos de aquellas extrañas uvas, que encontró dulces y jugosas. Al terminar, se arrodilló al lado del estanque y bebió unos cuantos sorbos de agua en el hueco de la mano.

Transcurrió un buen rato antes de que se sintieran en disposición de reanudar la marcha. Después de una ligera disensión, acordaron caminar siguiendo la orilla del río.

Lo hicieron durante bastante rato hasta que el desfiladero se ensanchó, abriéndose ante una extensa llanura, por la que serpenteaba el río mansamente en medio de una larga extensión de árboles y césped. La hierba era fina, muy menuda, pero espesísima, y los árboles, aunque distintos de forma con relación a los terrestres, tenían las hojas de color verde, por regla general. Esto le dijo a Gratham que tanto el suelo de Rapsitl como el sol del sistema planetario a que pertenecía debían de poseer unas condiciones muy parecidas a las de la Tierra.

De repente, cuando menos lo esperaban, oyeron cerca una serie de gritos, a la vez que se escuchaba el clásico sonido de armas metálicas al entrechocar.

—Escóndete, pronto, Abzil —aconsejó el joven, buscando el refugio de la copa de un árbol cuyas ramas se alzaban a un par de metros sobre el suelo. En un santiamén, los dos compañeros se escondieron en la espesura de las hojas del árbol.

Entonces, desde su seguro refugio, vieron la pelea.

CAPÍTULO IV

Eran dos grupos de hombres, que vestían distintos uniformes, los que luchaban con salvaje encarnizamiento, asestándose terribles

golpes, sin piedad. La lucha se desplazaba lentamente hacia el lugar en que se hallaban los dos evadidos, quienes contemplaban la escena con morbosa fascinación.

Parte de los combatientes vestían un uniforme que Gratham conocía muy bien. Los enemigos usaban otro, muy parecido, pero de un color rojo brillante. Éstos parecían hallarse en ventaja, debido a la mayoría de número.

Los guerreros de casco dorado fueron sucumbiendo uno a uno, no sin defenderse con suicida tenacidad, hasta que sólo quedaron tres o cuatro. Uno de éstos, acosado por dos guerreros rojos, retrocedió, usando un tremendo espadón, hasta colocar la espalda contra el tronco del árbol en que se encontraban los dos evadidos.

El casco se le cayó de pronto en uno de los movimientos de la lucha. Enormemente asombrado, Gratham vio extenderse una larga cascada de cabellos negros sobre los hombros del guerrero. Entonces se dio cuenta de que se trataba de una mujer.

La mujer era joven y, por lo que pudo ver, muy agraciada. Se defendía tenazmente, pero estaba claro que sus fuerzas se agotaban por momentos.

La espada saltó de sus manos, merced a un hábil golpe propinado por uno de los atacantes vestido de rojo, quien, sin la menor consideración hacia su enemigo, se dispuso a rematarla. La muchacha permaneció inmóvil, serena, en espera del golpe fatal.

Algo hirvió de repente en el pecho del joven. Sin pensárselo dos veces, saltó del árbol.

Sus pies golpearon el pecho de uno de los guerreros, derribándolo por tierra. De súbito, un terrible alarido sonó por encima de su cabeza.

Gratham no prestó atención al grito, ocupado en deshacerse de su enemigo. Éste, aturdido, trataba de incorporarse.

El joven se agachó, para apoderarse de una espada caída sobre la hierba. Luego se tiró a fondo.

La espada perforó limpiamente la garganta del guerrero rojo. Sonó un atroz gorgoteo y el sujeto se desplomó al suelo.

Miró a su alrededor y lo que vio le dejó estupefacto.

El grito que había escuchado antes procedía de la garganta de Abzil. El cuadrumano se había lanzado sobre el segundo guerrero, al que liquidó en cuestión de segundos. Luego se produjo la escena

más extraña que Gratham había presenciado en su vida.

Abzil se agachó y se apoderó de cuatro espadas. En un santiamén se convirtió en un terrorífico tornado de muerte, que asolaba cuanto encontraba a su paso. Al mismo tiempo que manejaba las espaldas con mortal habilidad, lanzaba unos aullidos empavorecedores. Saltaba con suma agilidad, esquivando los golpes que le lanzaban sus enemigos, al par que dirigía otros, cuyas consecuencias eran funestas para el que los recibía. Absorto, Gratham se olvidó de todo cuanto le rodeaba, fascinado por aquella fabulosa demostración de poder y agresividad que hacía el fraddiworiano.

En un minuto, el suelo estuvo cubierto de cuerpos de guerreros vestidos de rojo. Escasamente media docena quedó con vida, quienes, acobardados y espantados, dieron media vuelta y huyeron a toda prisa.

Entonces, Gratham se volvió hacia la mujer, que continuaba en el mismo sitio. Durante unos momentos, todos se examinaron con la mayor atención sin decir una palabra.

Ella era de buena estatura y formas rotundas. Vestía una coraza de metal, con un doble abombamiento en el pecho, única diferencia de su uniforme con el de los demás guerreros. Sus ojos eran de un negro intenso y su tez muy blanca, pero rica en vasos sanguíneos, cosa que se veía en el denso colorido de sus labios, rojos y pulposos.

La joven le habló en su idioma. Gratham movió la cabeza en sentido negativo.

—No te comprendo —habló, tuteándola desde el primer momento—. Sólo conozco el lenguaje terrestre.

—¡Terrestre! —exclamó ella, con gran sorpresa. Miró a Gratham de arriba a abajo, muy asombrada de verse ante un sujeto barbudo y cubierto de andrajos—. ¿Qué haces aquí?

—Me llamo Lex Gratham, y llegué a Rapsitl por casualidad. ¿Quién eres tú?

Ella irguió la barbilla con gesto altivo.

—Me llamo Ysya, de Wapsitl.

Los tres guerreros supervivientes rodearon a Gratham y a Abzil en actitud amenazadora. El fraddiworiano lanzó un grito:

—¡Cuidado! ¡No hagáis nada, si no queréis morir en el acto! —amenazó.

La muchacha emitió una orden en su idioma. Los guerreros depusieron su actitud al instante. Luego se encaró con Gratham.

—¿Cómo puede un terrestre hallarse en Rapsitl? —preguntó.

Con gran sorpresa, Gratham se dio cuenta de que la joven hablaba su idioma con soltura.

—Es un poco largo de contar, aunque he de aclararte que hasta hoy mismo he estado prisionero en un subterráneo, junto con mi amigo el fraddiworiano. Tuvimos la suerte de encontrar un medio de huida y escapamos; eso es todo.

—De modo que los dos estabais prisioneros en mi ciudad —repitió Ysya.

—Supongo que sí —contestó Gratham. De pronto reparó en un detalle—: ¿Tu ciudad, has dicho?

El orgullo seguía latiendo en la voz de la joven.

—Sí. Mi ciudad. Soy la jefe del clan Wapsitl. Todos los que pertenecen al clan me obedecen.

Gratham arrugó el entrecejo.

—Desde luego, no conocéis la compasión —dijo, enojado—. Me hicisteis prisionero y me encerrasteis en un sótano, donde he permanecido durante muchos meses, sin que nadie me diera la menor explicación. Mi compañero Abzil permaneció encerrado casi trece años. No me extraña que circulen por ahí tantas leyendas acerca de los rapsitlanos, ninguna favorable en absoluto.

—No sabía que estuvierais prisioneros —manifestó Ysya—. Nadie me dijo una palabra acerca de vosotros.

Uno de los guerreros le habló rápidamente. Ella asintió después de escuchar el breve parlamento. Miró a Gratham.

—Sé quién lo hizo —dijo—. Os pido disculpas. De haberlo sabido a su tiempo, habría tomado medidas muy distintas con vosotros.

—Degollarnos, acaso —comentó Gratham, con acento sarcástico.

Ella le dirigió una mirada colérica.

—Conozco la fama de que disfruta Rapsitl y, aunque en buena parte es justificada, se debe también a que no nos gustan los intrusos demasiado. Pero eso no significa que hayamos de matar a todo extranjero que llegue a nuestro planeta.

—En cambio, os pasáis la vida guerreando, según tengo entendido.

—El clan de Wapsitl quiere la paz con todo el mundo —contestó Ysya—. Pero sabemos defendemos si nos atacan.

—¿Por qué os atacaban esos otros guerreros? —preguntó el joven.

El bello semblante de Ysya se nubló un momento.

—Éste no es momento para explicaciones —dijo—. Hemos de regresar. Vosotros me acompañaréis. Os garantizo que vuestras vidas serán respetadas. No puedo olvidar que os debo la vida.

Abandonaron aquel lugar, dejando a los muertos sobre el terreno. La lucha había sido encarnizada, hasta el punto de no quedar heridos.

Momentos después, salían a terreno despejado, donde Gratham vio unos extraños carros de cuatro ruedas, muy bajos, tirados por animales de escasa altura, semejantes a los perros terrestres, aunque de piel lisa y brillante y de aspecto manso. Cada carro era arrastrado por una docena de aquellos animales y había tres en total, dotados cada uno de varios bancos en fila. Los carros estaban desprovistos de todo adorno inútil; eran vehículos para transporte, simplemente.

Antes de montar en el carro que le había sido asignado, Gratham miró a lo lejos, en donde se veía una llanura de blancura deslumbrante.

—¿Qué es aquello? —pregunto, curioso.

—El Desierto de la Sal le llamamos nosotros. Su extensión es enorme y, hasta ahora, nadie ha podido atravesarlo. Intentarlo es morir abrasado en pocas horas.

—Vaya un planeta —refunfuñó el joven con hastío.

Se sentó en uno de los bancos, junto a Ysya. La joven tomó las riendas y el carro arrancó velozmente.

A lo lejos se veía la montaña, por cuyo interior corría el río a través del cual se habían salvado los dos evadidos. La ciudad, según pudo apreciar el joven, estaba fuertemente amurallada, y sus edificios, por regla general, tenían forma cúbica, sin la menor concesión a la ornamentación. Eran unas construcciones enteramente funcionales; su destino era servir de habitáculos y nada más.

Poco más tarde, atravesaron un lugar que hedía de un modo espantoso. Numerosos chorros de vapor se elevaban del suelo,

mezclados, en algunos puntos, con surtidores de agua hirviente. Los animales de tiro sorteaban hábilmente los obstáculos, dirigidos con mano firme por Ysya, y en pocos minutos estuvieron lejos de aquella pestilente zona, que en algunas ocasiones llegó a causar náuseas a Gratham.

La distancia, gracias a la absoluta transparencia de la atmósfera, era mayor que lo que parecía. Pero al fin llegaron al pie de la muralla, en la que se divisaba un enorme portón de metal, que fue abierto apenas sus guardianes divisaron la caravana que se acercaba.

Los carros penetraron raudamente en el interior del recinto amurallado. Gratham pudo darse cuenta de que la ciudad había sido edificada sobre las laderas de la montaña, pese a lo cual ocupaba una enorme extensión de terreno. Las calles eran todas de trazado curvo, pero muy amplias y bien enlosadas, de tal modo que los carros apenas si se agitaban al correr a toda velocidad, aun cuesta arriba. El joven observó que los habitantes parecían hallarse en buen estado y aunque vestían someramente, debido a la excelente temperatura que reinaba de continuo, daban la sensación de hallarse contentos y satisfechos. Al paso de la caravana agitaban sus manos alegremente, en saludo a Ysya, quien contestaba del mismo modo, aunque con mayor moderación en sus ademanes.

Un cuarto de hora más tarde, llegaban ante una enorme explanada con suelo de grandes losas, encajadas exactamente, sin apenas intersticios. Cubriendo todo un lado de la explanada, se veía un alto edificio gris, con muy pocas ventanas. Gratham calculó que debía ser la residencia de la joven.

Ysya detuvo el carro y saltó al suelo con gran agilidad.

—Seguidme —ordenó.

Y echó a andar sin volver siquiera la cabeza.

Atravesaron una puerta y ascendieron por una escalera de piedra. Un hombre se precipitó al encuentro de la muchacha.

—¿Dónde está Belo? —preguntó ella con tono seco.

—En este momento… —contestó el individuo.

—No me importa lo que esté haciendo ahora. Búscale y tráelo inmediatamente a mi presencia.

—Está bien.

El hombre se lanzó escaleras abajo, arrojando, al pasar, una

curiosa mirada sobre los dos compañeros. Gratham y Abzil siguieron a la muchacha, hasta llegar a una vasta estancia, amueblada pobremente en comparación con otros aposentos que el joven conocía.

—Esperad aquí —dijo ella.

Permaneció en pie, junto a una de las ventanas, en actitud impaciente, pero silenciosa. Gratham quiso hablarle, pero Abzil le contuvo.

Aguardaron durante un cuarto de hora, aproximadamente. Al cabo de ese tiempo, entró un hombre en la habitación.

Era un sujeto de mediana estatura, delgado, con ojos claros, y expresión servil y recelosa a un tiempo. Caminó unos cuantos pasos y luego se detuvo en un punto equidistante de Ysya y de los dos prisioneros.

—Has tardado mucho en venir, Belo —dijo ella, impaciente.

Hablaba la lengua terrestre, para pudieran entenderla los ex prisioneros.

—Estaba ocupado —se disculpó el recién llegado—. Excúsame, te lo suplico.

La mano de Ysya señaló hacia sus huéspedes.

—Esos hombres —dijo— han permanecido prisioneros durante largo tiempo. El fraddiworiano, en especial, ha estado encerrado durante casi trece años, sin que yo tuviera la menor noticia de ello. ¿Por qué no me lo participaste?

—Te ruego me perdones —se disculpó Belo—. Eran extranjeros y no creía que la cosa mereciera tu atención.

—Cualquier hecho que suceda en el clan, por insignificante que sea, ha de merecer mi atención, Belo —protestó Ysya, enojada—. Últimamente te has estado tomando unas atribuciones que no te corresponden, lo que no me agrada en absoluto. ¿Me has entendido?

—Sólo me inspiraba el deseo de servirte —contestó Belo con la vista baja.

—Si de veras quieres servirme, lo mejor es que me tengas en todo momento al corriente de cualquier cosa que ocurra en el clan. Muerto mi padre, la jefatura recayó sobre mí, por aceptación unánime. No hubiera querido una carga tan pesada, pero puesto que todo el mundo me quiso como su jefe, sabré serlo con todas las

consecuencias. Que no se te olvide esto, Belo, o, de lo contrario, tendré que rebajarte al nivel más ínfimo.

Gratham observó un chispazo de ira en los ojos del sujeto, cuya cara se le había hecho antipática desde el primer momento. «Tiene todo el aspecto de un traidor», se dijo. Y se prometió tener cuidado con el hombre que le había arrojado a una mazmorra por puro capricho.

—Lo tendré en cuenta, Ysya. ¿Puedo preguntarte ahora qué piensas hacer con ellos?

—Por el momento, prefiero reservarme la respuesta. Eso es todo por ahora.

Belo se retiró en silencio. A continuación, la muchacha se dirigió a los huéspedes.

—Ahora os acomodarán —manifestó—. Más tarde, desearía hablar con vosotros.

—Estamos a tu disposición incondicionalmente —manifestó el joven.

—Gracias —respondió ella—. Esperad aquí. Enseguida enviaré a alguien que os atienda.

Y con paso rápido, salió de la estancia sin volver la vista hacia atrás ni una sola vez.

CAPÍTULO V

Dos horas después, Gratham y su compañero se habían bañado y aseado. El joven, incluso, había podido despojarse de la barba que le había crecido durante los meses de encierro. Con ropas limpias, se sentía otro. Su vestimenta consistía en una especie de túnica corta, casi sin mangas, con una estrecha abertura en el cuello, lo justo para poder pasar la cabeza, debajo de la túnica llevaba un simple «slip», y calzaba unas cómodas sandalias.

Abzil vestía de una forma parecida, aunque el fraddiworiano había necesitado practicar dos orificios más en los costados de su túnica, a fin de poder sacar al exterior el segundo par de brazos, pero había recobrado el primitivo tono oscuro, y aunque seguía pareciendo un arácnido gigante, Gratham ya no sentía la menor aprensión hacia él. Peores tipos había visto en su peregrinaje por los mundos habitados de la Galaxia.

Un hombre entró en la habitación que les había sido asignada y les indicó que debían seguirle. Gratham y Abzil caminaron tras él en silencio.

Minutos más tarde, llegaban ante una puerta. El individuo la abrió, haciéndoles señas de que pasaran al otro lado. Estupefacto, Gratham escuchó entonces el sonido más extraño que jamás hubiera sospechado en oír en un mundo situado a tantos años luz de la Tierra.

Cruzó el umbral lentamente, hallándose en una habitación de grandes proporciones, en uno de cuyos lados vio un piano de cola, cuyas teclas eran manejadas con gran habilidad. El asombro del joven creció al darse cuenta de que era la propia Ysya la que tocaba el piano.

Gratham se sentía atónito. Ysya interpretaba una pieza terrestre, que el joven, buen aficionado a la música, reconoció al instante: la «Berceuse», Op. 57 de Chopin. ¿Cómo una mujer que gobernaba un país medio salvaje, que se negaba a entrar en relación con los habitantes de otros mundos, conocía también la música terrestre?

Al verlos entrar, Ysya se puso en pie. Vestía una especie de bata negra, de flotantes velos, que no eran suficientes para ocultar las esbeltas líneas de su cuerpo. Llevaba el pelo recogido en la nuca, sujeto por una tira flexible de metal amarillo, y aunque sonreía su expresión estaba impregnada de una rara tristeza, que no dejó de impresionar a Gratham.

—Celebro veros de nuevo —dijo Ysya—. De no haber sido por vuestra oportuna intervención, ahora no estaría aquí hablando con vosotros.

—Era lo menos que podía hacer —respondió el joven. Señaló el piano con la barbilla—. Jamás imaginé encontrarme una pianista tan hábil en Rapsitl. Y tan hermosa, por supuesto.

Ysya agradeció el cumplido con una sonrisa.

—Te extrañará haberme visto tocar el piano, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Dónde lo aprendiste? ¿En la Tierra?

La impresión de la muchacha se tornó súbitamente soñadora.

—Oh, no… aunque me gustaría tanto conocer ese planeta. Durante años y años me hablaron mucho de él, de sus montanas cubiertas de nieve, de sus ríos azules, de los verdes bosques y de las grandes ciudades… Era un terrestre enamorado de su país, pero ya

hace años que murió.

—¿Un terrestre? —preguntó el joven, atónito.

—Sí. Se llamaba Fanletti, y en la Tierra era un famoso concertista. Él me enseñó todo lo que sé. Cuando llegó aquí, era ya muy viejo, pero aún vivió una docena de años.

—Tenía entendido que en Rapsitl mataban a todo extraño —comentó Gratham.

—Depende de los clanes —respondió Ysya—. En el mío, hay orden estricta de respetar la vida de cualquier forastero. Por eso, Belo no se atrevió a ordenar vuestra muerte.

—Pero nos sometió a un encierro que yo no hubiera deseado para el peor de mis enemigos —rezongó el joven—. Desde luego, la fama de belicosos de los rapsitlanos ha quedado harto demostrada.

—En cierto modo tan sólo —dijo Ysya—. Yo soy ahora el jefe del clan de Wapsitl y trato de hacer que mis gentes vivan en paz. Sin embargo, temo que no lo conseguiré.

Gratham arqueó las cejas.

—¿Por qué? —preguntó.

Ysya apoyó una mano en el piano. Su rostro adoptó de pronto una melancólica expresión.

—Mi padre murió no hace mucho, en un combate. Los distintos clanes de Rapsitl son ferozmente independientes, pero en los últimos tiempos parece que existe un movimiento de unión entre todos ellos... precisamente contra Wapsitl.

—¿Desean atacaros?

—Sí. Rapsitl es un planeta muy árido, con agua escasa y no muy sobrado de vegetación. Nosotros, los de la casa de Wapsitl, ocupamos una de las mejores áreas del planeta. Habéis podido ver el río. Creo que os escapasteis por él, ¿no es así?

Gratham asintió.

—Sí, eso hicimos —confesó—. Las razones puedes imaginártelas fácilmente.

—Desde luego —convino la muchacha—. Bien, el área que ocupa mi clan es la más fértil y más adecuada para la vida, precisamente por la existencia de ese río, el más caudaloso del planeta. Hay mares y océanos, por supuesto, pero sus aguas contienen una elevada cantidad de sal en disolución.

Gratham pensó que el atraso de los rapsitlanos era notable,

cuando no habían sabido idear una planta de destilación del agua salada para potabilizarla. Claro que Abzil le había dado una explicación acerca del grado de progreso de los rapsitlanos. Así se comprendían las razones de la muchacha.

—Tengo grandes proyectos para mi clan —siguió Ysya—, pero no podré llevarlos a cabo si los demás clanes se alían y me declaran la guerra. Actualmente vivimos dentro de un recinto amurallado. Nada me gustaría tanto como provocar la expansión de la ciudad y situarla en la llanura, a las orillas del río.

—Con las armas de que disponen los otros clanes, no creo que tengan muchas posibilidades de forzar las murallas al asalto —observó el joven.

—Pero pueden rendirnos por hambre —declaró Ysya—. O quizá simplemente por el número.

—¿Qué ocurriría si llegasen a asaltar la ciudad?

—Pues que nos degollarían a todos.

Gratham se estremeció.

—¿De cuántos guerreros puedes disponer en caso de conflicto?

—Oh, de unos cinco o seis mil, no mucho más —respondió Ysya.

—¿Y ellos?

—Diez, doce veces más, quizá.

—La proporción es abrumadora. A la larga, si se reúnen todos, acabarán por asaltar las murallas.

—Eso es lo que temo. Afortunadamente, Rapsitl es muy grande y la distancia entre los distintos clanes es enorme. Primero tienen que reunirse para acordar una alianza. Si logran concertarla, deberán proceder a la unificación de las fuerzas y al establecimiento de un plan de ataque. Esto les llevará meses, quizá años, por supuesto, pero el ataque se hará inevitable, un día u otro.

—¿Cómo lo sabes? Debes de tener un buen servicio de información, ¿no es así?

Ysya movió la cabeza.

—No. Los wapsitlanos no nos relacionamos con las gentes de otros clanes. Fue mi padre el que, disfrazado, averiguó todo lo que pretendían hacer los enemigos de Wapsitl. Pero cuando ya estaba a punto de dar por concluida su misión, fue reconocido y hecho decapitar. Antes, sin embargo, había tenido ocasión de enviarme un mensaje, con los detalles de sus observaciones.

—Y hoy —comentó Gratham—, te encontraste con una patrulla enemiga.

—Sí. Pertenecen al clan de Hopsitl. Fueron enviados a tantear el terreno y nos sorprendieron.

—Bueno —murmuró el joven—, a Abzil y a mí nos gustaría ayudarte. Has demostrado buena voluntad hacia nosotros y eso es algo a lo que nos gustaría corresponder de algún modo. Pero no veo la forma de que dos sujetos tan sólo puedan hacer gran cosa en tu favor. Dos más, dos menos, poco refuerzo suponen.

—Estás muy equivocado —manifestó Ysya—. ¿No te has fijado en la reprimenda que dirigí a Belo?

—Sí, aunque ignoro todos los motivos.

—Belo es el jefe de mis fuerzas armadas —contestó la muchacha —. Tiene orden de traerme a todo extranjero que llegue a Rapsitl, concretamente, al área que ocupa nuestro clan. Fantelli era un artista y, fuera de su piano, no sabía apenas más cosas.

—No entiendo a dónde vas a parar, Ysya —expresó Gratham.

—Te lo diré. Fantelli me habló de que vosotros, los terrestres, disponíais de armas maravillosas, capaces de exterminar a gran número de hombres con un solo golpe. Pero no sabía, en cambio, cómo construirlas, ni siquiera cómo funcionaban.

—Y quieres que nosotros te construyamos esas armas —murmuró el joven.

—Sí. —Los ojos de Ysya refulgieron de pronto—. Deseo la paz a toda costa. Poder derribar las murallas que protegen mi ciudad sería mi mayor alegría, te lo aseguro. Pero no podré hacerlo en tanto amenace el peligro de invasión.

El joven se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—Armas —musitó—. ¿Qué clase de armas podríamos construirte nosotros? Sé que usáis espadas, venablos y ballestas, pero, supongo, los guerreros de los otros clanes tendrán armas idénticas.

—Cierto —afirmó Ysya.

—¿De cuántas astronaves dispones?

—Nueve, en total. Pero están desarmadas. Entre los restantes clanes deben de tener setenta u ochenta. Tampoco llevan armas.

—Y, por lo que he podido ver, son muy pequeñas, de modo que apenas si puede llevar cada una de ellas una docena de guerreros.

—Exactamente. Si quieren venir a Wapsitl, tendrán que hacerlo

a pie o montados en carros como los que ya conoces. Por eso digo que el ataque, caso de producirse, tardará meses o años, aunque, inevitablemente, tratarán de arrasar la ciudad.

Gratham miró al fraddiworiano.

—Abzil, ¿se te ocurre a ti alguna idea?

—No —respondió el cuadrumano—. Nosotros, en mi planeta, usamos pistolas radiantes, pero construirlas aquí, con los medios de que se dispone en Wapsitl, es soñar imposibles.

El rostro de Ysya mostró desaliento.

—Creía que podríais ayudarme —musitó.

Gratham trató de animarla.

—Algo encontraremos, no te preocupes. Pero habrás de concedernos algún tiempo, por supuesto.

—Todo el que necesitéis. —Ysya se movió por la estancia, dirigiéndose hacia una mesa, de la que tomó dos discos de metal dorado, que entregó a sus huéspedes—. Estas insignias os servirán, para circular por la ciudad con entera libertad. Cualquiera de mis hombres -ahora mismo daré la orden- os ayudará en cuanto le pidáis.

Gratham prendió el disco sobre el lado izquierdo de su túnica.

—Muy bien. Haremos un esfuerzo por idear algo.

—Gracias —sonrió Ysya—. Sabía que no me defraudaríais.

Más tarde, Gratham y Abzil, en las habitaciones que les habían sido destinadas, discutieron la propuesta de la joven. Cenaron en abundancia, un menú bien distinto de la monótona pasta que había constituido su única alimentación hasta entonces, compuesto de diversos manjares, a cuál más sabroso y mejor condimentado. También bebieron de un fino vinillo de pocos grados, pero muy agradable al paladar. Lo único que lamentó el joven, fue no disponer de un cigarrillo, pero, dadas las circunstancias, que habían cambiado de modo tan radical en el transcurso de unas pocas horas, no podía quejarse por la falta de aquel pequeño capricho.

La misma excitación les hacía mantenerse levantados todavía. Una tras otra, todas las propuestas que se hacían eran sistemáticamente rechazadas por inaceptables.

Al cabo, Abzil pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Me gustaría disponer de una astronave de carga, rayos.

—¿Para qué? —preguntó el joven.

—Viajaríamos hasta tu planeta y la traería atiborrada de armas de fuego. Con un par de millares de rifles y cien ametralladoras, tendríamos resuelto ese condenado problema.

—Ni lo sueñes. Por lo que he podido deducir, las astronaves que utilizan los rapsitlanos son simples cohetes suborbitales. Ni siquiera son capaces de franquear el cinturón de asteroides.

—Eso es lo que más me enoja —gruñó Abzil—. Porque construir más espadas y más ballestas, puede servirnos de bien poco. Lo que necesitaríamos sería eso: armas de fuego. Unos cuantos cañoncitos de pólvora, por muy anticuados que fueran...

El cuerpo de Gratham se puso rígido de pronto, los ojos lo relucieron.

—Repite eso que has dicho, Abzil.

—Armas de fuego...

—No, no —le atajó el joven—. La otra palabra que has pronunciado.

—Cañones.

—Justamente. Eso, cañones.

—Pero no disponemos de pólvora, Lex.

—Escucha, Abzil. ¿Recuerdas el paraje que atravesamos, aquél de los surtidores de vapor y de agua hirviendo?

—Sí. ¡Diablos, cómo apestaba!

—Efectivamente, ésa es la palabra. Apestaba. Y te habrás fijado, además, que el suelo estaba cubierto de una capa amarilla, sobre todo en las inmediaciones de los surtidores.

—Claro. ¿Adónde quieres ir a parar?

Los ojos del joven brillaban como carbunclos.

—El olor de los surtidores era a huevos podridos, típico de los lugares donde abunda el ácido sulfúrico en la atmósfera. Y donde hay sulfúrico...

—Hay azufre —exclamó Abzil, que empezaba a comprender las intenciones de su compañero—. Pero faltan dos de los ingredientes.

—El salitre existe en abundancia. ¿No oíste a Ysya cuando mencionó el Desierto de la Sal?

—Sí, claro. —Los ojos de Abzil brillaban también—. Ahora sólo nos falta el tercer componente.

—Hay árboles en abundancia. Se les puede quemar hasta obtener el carbón de leña, que luego, finamente pulverizado y

mezclado con el azufre y el salitre en las debidas proporciones, forma la…

La exclamación del fraddiworiano sonó estallante.

—¡Pólvora! —gritó.

CAPÍTULO VI

Durante una semana, los dos amigos se entregaron al trabajo con un ritmo frenético, casi de locura. Al terminar la primera etapa de su labor, Gratham buscó a Ysya.

La joven estaba en su habitación, como de costumbre, interpretando diversas melodías. Cuando Gratham penetró en la estancia, sonaban las dulces notas del «Impromptu» de Schubret.

Gratham esperó a que Ysya hubiera terminado la pieza. Cuando ella se puso en pie, dijo:

—Me gustaría que me acompañases, Ysya.

Ella le miró con gesto interrogante.

—¿Adónde?

—Lo sabrás dentro de unos momentos. Prefiero que lo veas con tus propios ojos, mejor que explicártelo con palabras, que quizá no resultasen tan elocuentes.

—Muy bien. Espérame un minuto; iré a cambiarme de ropa.

Ysya abandonó la estancia; regresó al cabo de unos minutos, ataviada de la misma forma que el día en que Gratham la conociera por primera vez. El joven la encontró muy hermosa, pero su admiración resultó silenciosa; no le agradaba mucho prodigar elogios que no sabía cómo podían ser tolerados.

—Cuando quieras —dijo ella.

Salieron de la estancia y descendieron las escaleras hasta llegar a la explanada, donde ya les aguardaba un carro. Gratham ayudó a subir a la muchacha al asiento delantero y tomó las riendas. Cuando se disponía a fustigar a las bestias de tiro, un hombre corrió hacia ellos, seguido por un par de guerreros.

—¡Ysya! —Era Belo.

—¿Sí? —dijo ella, frunciendo el ceño.

—¿Sales fuera de la ciudad?

—Por unos momentos tan sólo, Belo.

—Entonces —dijo el sujeto—, me permitirás que te dé escolta.

Después de lo ocurrido el pasado día, no me lo perdonaría si alguna patrulla enemiga tratara de atacarte.

Ysya consultó a Gratham con la mirada. El joven hizo un signo afirmativo.

—Bien —resolvió la joven al cabo—. Podéis montar ahí detrás.

Belo y sus dos acompañantes subieron al carro. Enseguida Gratham agitó el látigo y los animales arrancaron a toda velocidad.

Descendieron rápidamente por las calles de la ciudad. En su interior, Gratham se prometió que, si se quedaba a vivir en Rapsitl, haría lo posible por importar un día vehículos, automóviles de la Tierra. Ysya no parecía demasiado reacia a entablar contactos con otros planetas y él confiaba en que algún día podría mostrarle las bellezas de su planeta. Los relatos de Fantelli, de los que la joven conservaba un vívido recuerdo, le ayudarían mucho en su labor.

Las puertas de la ciudad se abrieron. El carro continuó a toda velocidad, hasta más allá de la zona de manantiales sulfurosos. Poco después llegaban a un lugar muy próximo a aquél donde ocho días antes habían encontrado a Ysya en tan grave apuro.

Abzil les aguardaba allí, al pie de una gran roca situada no lejos de la orilla del río. El cuadrumano les salió al encuentro, agitando alegremente sus dos brazos derechos.

—¡Hola! —saludó—. ¿Cómo va eso?

Gratham detuvo el carro y saltó a tierra.

—¿Todo listo, Abzil?

—Listo, Lex. Podemos efectuar la primera demostración cuando gustes.

—Muy bien. —El joven entregó las riendas del carro a uno de los guerreros—. Llévatelo a quinientos pasos de aquí y sujeta bien los animales, no sea que se espanten.

—¿Qué es lo que vais a hacer? —preguntó Ysya, sumamente intrigada.

Gratham sonrió de un modo enigmático.

—Ahora mismo lo vas a ver —respondió.

Se acercó a la piedra y examinó con detenimiento el terreno que había debajo de la misma, intercambiando unas rápidas palabras con Abzil en voz baja. Ysya les contemplaba, devorada por la curiosidad, aunque sin atreverse a formular la menor pregunta.

Abzil se retiró, dejando a Gratham al lado de la roca.

—Venid conmigo —invitó el fraddiworiano—. Conviene que nos alejemos de aquí.

Ysya, Belo y el otro guerrero le siguieron sin rechistar. Mientras tanto, Gratham estaba realizando una serie de, en apariencia, extrañas operaciones.

Al otro lado de la piedra había una especie de barril, que el joven tomó después de haberle quitado la tapa. Inclinando el barril, dejó que su contenido cayera al suelo, a partir de un orificio abierto en la base de la piedra, y empezó a retroceder.

Caminó hacia atrás hasta haber vaciado el contenido del barril, a unos ciento cincuenta pasos de la roca. Regresó de nuevo junto a la roca y tomó un candil de los que usaban en Wapsitl, con el que regresó otra vez al principio del reguero de pólvora. Acercó la llama al explosivo y le prendió fuego.

Cuando estuvo seguro de que el fuego no se apagaría, echó a correr y se reunió can los demás a unos cuatrocientos metros de la piedra. Esperó todavía un par de minutos.

Empezó a creer que su ardid había fracasado. De pronto, el suelo tembló como sacudido por un terremoto, a la vez que se escuchaba una potente explosión.

La piedra saltó por los aires, partida en varios trozos, junto con una espesísima nube de humo negro y tierra pulverizada. El aire desplazado por la explosión resultó tan fuerte que uno o dos de los espectadores fueron derribados por tierra.

El humo y el polvo se disiparon poco a poco. Gratham volvió el rostro hacia Ysya, cuyas facciones aparecían lívidas.

—¡Por los Cuarenta Soles! —gritó Belo—. ¿Qué ha sido eso?

Estaba asombrado y asustado a un tiempo. Gratham sonrió satisfecho.

—Ésta es el arma que usaremos contra los demás rapsitlanos... si atacan la ciudad, por supuesto —contestó—. Naturalmente, ha sido sólo un experimento, pero quería que pudierais daros cuenta de su fenomenal poder. Venid conmigo.

Se acercaron al lugar donde había estado la roca, varios de cuyos fragmentos aparecían esparcidos en un amplio radio en torno al lugar donde se había producido la explosión. Ésta había originado un enorme hoyo de más de quince metros de anchura.

—Como es natural —dijo Gratham—, esto es solamente el

explosivo. Pero ya buscaremos la forma de colocarlo dentro de proyectiles más manejables, que puedan ser usados tanto contra una persona como contra masas de guerreros enemigos.

Ysya estaba estupefacta.

—¿Y todo eso... lo habéis hecho vosotros dos?

—Claro —asintió el joven—. Es una de las armas más antiguas de mi planeta. Fue inventada hace ocho o novecientos años y ahora ya apenas si se usa.. Hay otras más potentes, por supuesto, pero en Rapsitl no disponemos de medios para fabricarlas.

La muchacha se volvió hacia Belo.

—Es magnífico —exclamó—. Si los demás clanes se unen y tratan de atacarnos, les daremos una lección que no olvidarán en el resto de sus días.

—Por supuesto —convino Belo con grave acento.

—Debemos regresar a la ciudad —sugirió Gratham—. Abzil y yo tenemos que continuar nuestros trabajos. Por cierto, necesitaremos algunos hombres para ayudarnos. A partir de ahora, la tarea será enorme y costosa.

—Belo os facilitará cuantos preciséis —ordenó la muchacha.

—Bien —contestó Gratham—. Que haga el favor de enviarlos a la tarde. Antes de darles ningún trabajo, quiero examinarlos en persona. Más que hombres fuertes, necesito que sean ágiles de mente y rápidos de comprensión. Belo, procura enviarnos también algunos constructores de muebles y de armas.

—De acuerdo.

Aquella misma tarde, Gratham seleccionó a dos docenas de individuos, de un total de cincuenta, tras rechazar a los restantes, después de un concienzudo interrogatorio. Tomó nota de sus nombres y les ordenó presentarse a él a la mañana siguiente.

Después de cenar, Gratham y Abzil se quedaron a trabajar. Abzil soltó una elocuente carcajada.

—¿Quién me iba a decir a mí que iba a terminar ayudando a los rapsitlanos a guerrear? En circunstancias normales, los habría combatido hasta la muerte, Y ya ves, ahora...

—Tenía que ser así, no le des más vueltas —filosofó el joven—. Bien, vamos a ver qué ideamos para construir unas armas fáciles de manejar y baratas de construir, cuando menos en tiempo y material.

¿Se te ocurre algo?

Abzil hizo una mueca.

—Las fundiciones son muy primitivas aquí. Si estuviéramos en Fraddiwor, sería otra cosa. De todas formas, podríamos construir cañones...

Gratham torció el gesto.

—Sólo serían simples tubos de metal, capaces de armar mucho ruido, pero poco más. Necesitamos algo de mayores efectos. Imagínate que los enemigos de Wapsitl lanzan una carga. Podrías detener la primera oleada con una salva, pero luego la operación de recargar los cañones resultaría muy larga.

—Fusiles... es imposible. Habría que empezar por construir una fundición especial y eso nos llevaría demasiado tiempo —objetó el fraddiworiano.

Gratham tenía delante de sí una especie de papel hecho con una sustancia fuerte, casi rígida, sobre el cual y con un lápiz de carbón había estado trazando algunos diseños.

—Aquí usan esas ballestas tan parecidas a los rifles —dijo reflexivamente—. Podríamos fabricar proyectiles que estallasen al chocar contra un obstáculo.

—¿Y la espoleta?

El joven soltó un reniego. Abzil tenía razón.

—Tendremos que buscar otro medio —dijo, desalentado.

Abzil se puso en pie.

—Creo que si durmiéramos unas cuantas horas, ganaríamos bastante más. En ocho días hemos hecho adelantar a Wapsitl más que lo que consiguieron en varios siglos, con excepción de la navegación espacial. Puesto que, por ahora, todo parece tranquilo, bien podemos dedicarnos a pensar un medio cómodo, rápido y fácil de construir para lanzar proyectiles. Además, mientras tanto, podemos instruir a los hombres que hemos seleccionado en la fabricación de la pólvora. Necesitaremos mucha, Lex.

—Materias primas no faltan —contestó el joven.

—Y —Abzil le apuntó con una de sus manos—, ten mucho cuidado con Belo. Ese sujeto tenía esta mañana una mirada que no me ha gustado nada. No me extrañaría nada que un día quisiera gastarte una jugarreta.

—¿Por qué? —se extrañó el joven.

—Uno —respondió el fraddiworiano—, nos tenía encerados y escapamos. Dos, Ysya le dedicó una soberana reprimenda por no haberle participado nuestra presencia en Rapsitl. Tres, Belo está viendo en peligro su puesto preeminente. Un hombre así, corroído por los celos y dominado por la envidia, se convierte en traidor con toda facilidad.

—Será cosa de dormir con un ojo abierto.

—Y mirar a tus espaldas con muchísima frecuencia, cada vez que salgas de tu habitación.

Gratham sonrió.

—Me parece que dramatizas un poco, aunque, desde luego, prometo seguir tus consejos al pie de la letra. —Estiró los brazos con gesto voluptuoso—. Me estoy cayendo de sueño, Abzil.

—Pues a dormir, que mañana nos espera una dura jornada.

En mitad del sueño, cuando llevaba varias horas durmiendo, Gratham se despertó lanzando un aullido.

—¡Ya lo tengo! —vociferó.

Abzil se tiró del lecho y de golpe empuñó las cuatro espadas de las cuales no se separaba un solo momento.

—¡Lex, amigo! ¿Qué te sucede?

El joven echó a correr hacia la habitación inmediata. Agarró el lápiz y, frenéticamente, empezó a trazar unos rasgos sobre un papel, contemplado con enorme curiosidad por el fraddiworiano. Al cabo de unos minutos, arrojó el lápiz a un lado y puso el dibujo delante de los ojos de su amigo.

—Ahí tienes el arma que lanzará nuestros proyectiles, Abzil —exclamó con ojos brillantes por la excitación que le dominaba.

Abzil examinó el diseño, que apenas era un tosco bosquejo, con suma atención. Al cabo de un minuto de profunda observación, murmuró:

—Claro, ¿por qué no? En las actuales circunstancias, y dados los materiales de que disponemos, es lo mejor que podemos construir.

—Pero tendremos que hacer muchos —alegó el joven.

Abzil pegó dos puñetazos sobre la mesa.

—Aunque sean miles —aseguró con firmeza—. Los haremos, Lex, te lo aseguro.

CAPÍTULO VII

Transcurrió un mes.

Los trabajos marchaban de modo satisfactorio. Los primeros veinticuatro individuos se habían convertido en casi un millar, que se afanaban, unos en la fabricación de la pólvora y otros en la de los proyectiles y las armas que habían de lanzarlos, en caso de que la ciudad fuese atacada. Además de los proyectiles, cuyo diseño había tenido que modificar el joven un par de veces, tras las pruebas correspondientes hasta conseguir el modelo definitivo, había empezado a fabricar bombas de mano.

Eran unas armas rústicas, poco más que un bote de metal lleno de pólvora, con una mecha en uno de sus extremos. Pero su eficacia había quedado plenamente probada y lanzadas desde lo alto de la muralla causarían estragos en las filas adversarias.

Por las noches, después de la jornada cotidiana, Gratham y Abzil se reunían en su alojamiento y analizaban y criticaban los trabajos del día, al mismo tiempo que preparaban la labor del siguiente. Los preparativos de defensa marchaban a entera satisfacción, aunque el joven estimaba que su retraso era notorio.

—Si atacasen ahora, lo pasaríamos bastante mal —comentó una noche, seis semanas después de la primera explosión de pólvora.

—Por ahora, todo sigue tranquilo —manifestó Abzil—. De todas formas, mañana pediremos más hombres para que nos ayuden. Hemos de construir más armas lanzadoras.

—¿Cuántas tenemos listas?

Abzil hizo un gesto de desolación.

—Una veintena solamente.

—Es poco. Necesitamos, al menos, cinco veces más. ¿Y proyectiles?

—Escasamente un centenar. Podríamos disponer de más, ya que tenemos pólvora en abundancia, pero lo que nos falta son fundidores expertos.

—Tendremos que acelerar esta parte, Abzil. De nada nos sirve la pólvora, si no disponemos de proyectiles.

—Muy bien. Yo me encargaré de eso. ¿Qué harás tú?

El joven frunció el ceño, mientras reflexionaba unos instantes.

—Mañana examinaré el terreno desde lo alto de la ciudad. Quiero ver los puntos más débiles que, naturalmente, habrán de ser

los más defendidos.

Por la mañana, Gratham subió al punto más elevado de la ciudad, situado en una torre del edificio donde residía Ysya. Desde allí se divisaba una vastísima extensión de terreno.

Frente a él, una ancha zona de verdor indicaba el lugar por donde corría el río subterráneo que nacía en algún lugar en el seno de la montaña. Ésta tenía una parte muy abrupta y escarpada, por la que resultaba punto menos que imposible lanzar un ataque; no obstante, el joven decidió que, en caso de conflicto, mantendría allí unos cuantos pelotones armados. No era la primera vez que se conquistaba una ciudad por el punto más difícil, que generalmente solía ser el más descuidado, y Gratham no quería que a él le sucediese nada parecido.

Por el lado opuesto, la montaña descendía en suave pendiente hasta fundirse con la llanura. En aquel sector era donde se habían levantado los edificios, los cuales ocupaban una área extensa, muy comprimida, sin embargo. Ysya tenía razón; si un día se instauraba una paz estable en el planeta, el sitio lógico de la expansión urbana debería situarse a las orillas del río.

En conjunto, la mitad de la montaña era escarpada mientras que la otra mitad era de pendientes muy suaves. Gratham calculó que el ejército enemigo, lo primero que haría sería situarse en semicírculo, desde la salida del río por el cañón, hasta el lugar donde empezaban los cantiles. Como es lógico, situarían también pelotones frente a la región escarpada, para evitar evasiones o golpes de mano por parte de los sitiados, pero él, por su parte, haría colocar arriba, precisamente en el mismo patio donde había aterrizado el día de su llegada, un par de máquinas lanzaproyectiles, a fin de combatir a las fuerzas enemigas de aquel lado.

A lo lejos, el Desierto de la Sal brillaba con deslumbrantes resplandores, extendiéndose a la izquierda del río hasta perderse de vista. Gratham pensó que, por el lado opuesto, unos cuantos canales de riego, a los cuales podría facilitarse el agua mediante simples bombas movidas a brazo, harían cambiar el aspecto desértico del suelo en unos cuantos años.

La zona sulfurosa estaba un poco más cerca, despidiendo continuos vapores, pero lo bastante alejada del sitio donde, si las

circunstancias lo permitían, se levantaría un día la nueva ciudad. El joven se sorprendió a sí mismo elaborando una serie de proyectos para el futuro, cuya realización estaba aún muy lejos de ser llevada a la práctica.

De pronto, un hombre llamó su atención.

—¿Qué quieres? —se volvió hacia el sujeto.

—Ysya te llama. Hace rato que te está buscando —manifestó el guerrero.

—Voy al instante —contestó el joven.

Momentos después, se hallaba en presencia de la muchacha. Le extrañó el aspecto nervioso que ofrecía Ysya.

—¿Sucede algo? —preguntó el joven.

—Sí. Mis enemigos, los jefes de los distintos clanes, se han reunido y han acordado aunar sus esfuerzos para atacarme —contestó ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta mañana, uno de mis hombres, regresó de un viaje por los clanes de Hopsitl y Zipsitl. Era un comerciante...

—Yo creía que no os relacionabais unos clanes con otros —exclamó el joven, sorprendido.

—Los comerciantes, sí. Tienen permiso para ir por todas partes. Puede parecerte extraño, pero es así; y sus vidas son respetadas escrupulosamente por todos los clanes.

—Eso significa —dijo Gratham en tono pensativo—, que la reunión se celebró ya hace tiempo.

—Dos meses, más o menos.

—¿Y cómo no han atacado todavía?

—Me imagino que primero han debido reunir sus fuerzas combatientes v luego caminar a pie hacia Wapsitl. Hay clanes que están a seis meses de distancia, a pie, por supuesto.

—¿Y por qué no usan los aparatos voladores? —preguntó el joven.

—Ya te dije que disponen en total de ochenta o noventa. Podrían transportar un millar de hombres de un solo golpe, pero saben que este primer grupo sería fácilmente aniquilado por mis fuerzas, mientras los aparatos regresaban en busca de más tropas. Por lo tanto vendrán a pie, de modo que los ejércitos de los distintos clanes se junten frente a las murallas para desencadenar

un ataque simultáneo.

—Les haremos un buen recibimiento, por supuesto —contestó el joven. Movió la cabeza—. En Rapsitl tenéis muy desarrollado el sentido de lo bélico.

—Yo quiero vivir en paz. Y las gentes de mi clan, también. Pero no nos vamos a dejar matar como corderos.

—En eso tienes razón —convino Gratham—. Bien, de todas formas, creo que aún tardaremos tres o cuatro meses, al menos, en avistar sus primeras avanzadillas.

—Eso calculo yo.

Gratham se frotó la mandíbula.

—Voy a establecer un plan de trabajo intensivo con mi amigo Abzil, a fin de acelerar los preparativos de defensa. Cuando lo tenga listo, me dejarás uno de vuestros cohetes.

—¿Para qué?

—Quiero realizar un vuelo de exploración. Conviene saber cuál es la situación de las fuerzas enemigas, pero, repito, antes he de dejar bien atados todos los cabos para estar preparados.

Dos semanas después, el joven emprendió el vuelo a bordo de uno de aquellos aparatos, cuyo manejo no podía ser más sencillo, sobre todo, para un avezado astronauta como él. Gratham se admiró de la fabulosa civilización que había construido semejantes máquinas, las cuales continuaban volando perfectamente, sin haber sufrido el menor desgaste en sus sistemas propulsores a lo largo de varios cientos de años.

Ysya intentó acompañarle, pero él se había negado rotundamente, alegando que no debía exponerse a ningún riesgo, por mínimo que fuera. La muchacha había tenido que resignarse ante su firme actitud.

Voló a una altura media de cuatro mil metros y a una velocidad de ochocientos kilómetros a la hora. Sabía que el diámetro de Rapsitl era algo menor que el de la Tierra, aproximadamente unos once mil doscientos kilómetros, lo que significaba que la circunferencia del planeta medía alrededor de les treinta y tres mil kilómetros. Las dimensiones, por tanto, eran inferiores a las de su planeta natal y la distancia a recorrer algo menor. El aparato tenía una carga ilimitada de combustible, lo que le dijo que podría volar sin interrupción, mientras no se sintiese cansado para suspender la

exploración.

Durante varias horas navegó sin divisar otra cosa que desiertos áridos y estériles. El río que nacía en la montaña donde estaba enclavada la ciudad de Ysya se escondía en la tierra a unos doscientos kilómetros de su nacimiento y, a partir de este punto, desaparecía toda señal de verdor.

De pronto, cuando menos lo esperaba, divisó a lo lejos una nube de humo amarillento, un poco hacia su derecha.

Viró en aquella dirección, a la vez que perdía altura y velocidad. No tardó mucho en hallarse sobre una larguísima columna de hombres que caminaban pesadamente a través del desierto. Calculó su número en unos treinta mil, lo que le hizo suponer que eran las fuerzas correspondientes a cuatro o cinco de los clanes que se disponían a atacar a Wapsitl. Una observación más detenida, desde un par de cientos metros de altura, le permitió ver cinco colores distintos en los uniformes: verde claro, verde oscuro, azul, violeta y blanco. Faltaba el rojo, perteneciente a los hombres que habían atacado meses antes a Ysya.

La cola de la columna estaba constituida por una enorme hilera de carros donde seguramente se transportaban los pertrechos, víveres y agua para aquel formidable ejército. Dado el espacio recorrido, Gratham calculó que las fuerzas enemigas tardarían aún por lo menos tres meses en avistar las murallas de Wapsitl. El espíritu guerrero de aquellos hombres, que les llevaba a cubrir a pie distancias de millares de kilómetros, sólo para entablar una batalla, le asombró y entristeció a un tiempo.

Sobrevoló la columna durante un buen rato, hasta que decidió marchar en otra dirección. En pocos minutos perdió de vista las fuerzas enemigas, de las cuales había visto más de un ademán poco amistoso.

Al llegar la noche, decidió descansar en un lugar completamente desierto. Aterrizó, comió un poco y, tras unos cuantos paseos en torno al aparato para estirar las piernas, se tendió a dormir.

Reanudó su vuelo apenas salido el sol a la mañana siguiente. Dos horas después divisó otra columna, tan numerosa o más que la anterior. Por los instrumentos de a bordo, dedujo que los dos ejércitos seguían direcciones convergentes y que se reunirían muy cerca del lugar donde el río se hundía en las profundidades del

suelo.

El resto del día transcurrió sin novedad. Pasó la noche y volvió a volar a la mañana siguiente, divisando dos columnas más, ambas menores en número que las anteriores. Una de ellas, compuesta por diez mil guerreros, aproximadamente, era toda de un color. En la otra había dos colores: negro y rosado.

Ya no cabía la menor duda. Todos los clanes de Rapsitl se habían coaligado contra Wapsitl. Era un formidable ejército de más de cien mil hombres, que pasarían la ciudad a sangre y fuego si no lograban contenerlos. En menos de tres meses habrían dado comienzo ya los primeros combates. El problema, ahora, era saber si tendrían tiempo suficiente para completar el equipamiento de los wapsitlanos.

Emprendió el regreso hacia la ciudad. Cerca del anochecer, divisó el comienzo de la faja verde. Cuando empezaba a dudar de la conveniencia de pernoctar junto al río o seguir adelante, el aparato falló de pronto.

La máquina cayó a plomo durante unos cientos de metros, suspendida repentinamente su propulsión. Aterrado, viendo que la tierra se le aproximaba con vertiginosa rapidez, Gratham se esforzó por poner de nuevo en marcha los motores, sin conseguir el menor resultado práctico.

Por fortuna, el vehículo disponía de alas y timones, con los cuales el joven pudo efectuar un ligero planeo, que redujo notablemente el ángulo de aproximación al suelo. En el último instante, sacó el tren de aterrizaje, pero se quebró casi en el acto.

Sin embargo, redujo las consecuencias del choque. El aparato patinó por el suelo, en medio de una espesa nube de polvo y una serie de horrendos crujidos. Gratham se había sujetado previamente con las correas de seguridad, merced a lo cual no sufrió otra cosa que unos fuertes zarandeos, sin mayores daños.

Cuando el aparato se hubo detenido, Gratham se liberó de las ataduras y, después de abrir la escotilla, saltó al suelo. Meneó la cabeza con pesimismo. El artefacto sólo servía ya para chatarra.

Frunció el ceño con disgusto. La distancia hasta Wapsitl era de unos doscientos kilómetros, que debería recorrer a pie. Esto significaba una semana de marcha. Por suerte, la zona verde se hallaba ya a muy corta distancia, lo que reduciría mucho sus

penalidades. La fruta se ofrecía en abundancia en los árboles y el agua sobraba, de modo que todo se reducía a caminar durante seis o siete días.

Entró de nuevo en el aparato y recogió una bolsa que se había llevado en prevención de sufrir algún ataque. La bolsa contenía una docena de botes llenos de pólvora, con la mecha correspondiente. Con el azufre y el salitre, Gratham había logrado fabricar también unos fósforos rudimentarios, pero que, no obstante, se encendían muy bien. Colgó la bolsa del hombro y, sin más dilaciones, comenzó a andar.

CAPÍTULO VIII

Despertó por la mañana, con la primera claridad del alba Durante unos momentos, permaneció tendido, sumergido en un delicioso estado de semivigilia, mientras poco a poco volvía a la normalidad de sus sentidos. De pronto oyó voces a poca distancia.

Se sentó en el suelo rápidamente y miró a su alrededor. Por encima de los arbustos tras los cuales se había guarecido, divisó una serie de sujetos armados, cuyos uniformes eran de color anaranjado. En el tiempo que llevaba en aquel planeta había tenido tiempo sobrado de enterarse de los distintivos de cada clan. Aquellos guerreros pertenecían al clan de Maapsitl.

Era indudable que se trataba de una patrulla de exploración, quienes, habiendo visto su aparato en el suelo, se habían acercado para investigar. A poca distancia del suyo, pudo ver otro vehículo volador, del que sin duda habían descendido los maapsitlanos.

Ahora estaban siguiendo sus huellas. Algunas pisadas debían de haber quedado grabadas parcialmente en algunos lugares arenosos del suelo y los guerreros querían averiguar qué había sucedido. Todos ellos iban armados con espadas y ballestas.

El joven se puso en pie lentamente y se apostó detrás de un grueso tronco de árbol. Su situación no tenía nada de envidiable, habida cuenta de la desproporción numérica. Eran doce contra uno.

Se colgó del cuello la bolsa con las bombas y sacó la caja de fósforos. Se colocó unos cuantos en la boca, a fin de no perder tiempo en el lanzamiento. Sacó una bomba y esperó.

Uno de los guerreros le vio de pronto y lanzó un agudo aullido.

Gratham se dijo que era llegada la hora de comprobar la eficacia de las bombas. Prendió fuego a un fósforo y acercó la llama a la mecha de su primera granada.

La mecha siseó al encenderse. Gratham esperó a que estuviese bien prendida. Entonces, apartándose ligeramente del tronco, extendió el brazo y lanzó el proyectil hacia adelante con todas sus fuerzas. En el mismo instante, sintió un terrible pinchazo en el brazo izquierdo

Saltó hacia la izquierda, guareciéndose de nuevo tras el árbol, en el preciso momento en que una docena de saetas volaban hacia él con agudísimos silbidos. Percibió con claridad los secos choques de los proyectiles al clavarse en la madera del tronco y en el mismo instante sonó la explosión.

Asomó la cabeza. Una nube de humo se extendía por el sitio donde se había producido el estallido. Dos o tres cuerpos yacían por tierra. Un guerrero estaba arrodillado, con la coraza medio arrancada por la inenarrable violencia del estallido y el rostro y el hombro derecho cubiertos de sangre.

Sintió un intenso dolor en el brazo. Bajó la vista y observó que la sangre le corría desde un lugar muy próximo a la articulación con el hombro. Volvió la cabeza, y divisó un agujerito en la parte posterior del brazo. Entonces comprendió lo que le había sucedido. Los proyectiles que lanzaban aquellas ballestas eran simples varillas de metal, de unos treinta centímetros de largo, con una punta agudísima y con cuatro estrías acanaladas a partir de cinco centímetros de la punta, estrías que tenían como objeto proporcionar la debida estabilidad durante el vuelo. La potencia del muelle de la ballesta era tal que la flecha le había atravesado la carne del brazo limpiamente, yendo a perderse luego entre la hierba.

Tenía el brazo izquierdo casi inútil. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para sacar la siguiente granada y ponerla en situación de estallar. Arrojó la bomba todo lo lejos que pudo, guareciéndose de nuevo tras el árbol y, sin entretenerse, prendió la mecha a otra tercera granada.

Las explosiones sonaron con gran estruendo. Gratham oyó varios gritos de dolor y pudo ver unos cuantos cuerpos tendidos en el suelo.

Cuatro o cinco maapsitlanos habían resultado indemnes y, asustados por aquellos terribles estallidos, cuyo origen les resultaba desconocido, se habían retirado a treinta o cuarenta metros de distancia. Estaban reunidos y parecían conferenciar entre sí acerca de lo que debían hacer a continuación para reducir a aquel sujeto que utilizaba armas de un poder tan devastador. Gratham tenía la seguridad de que, en aquellos momentos, ni siquiera le relacionaban con Wapsitl.

Se miró el brazo, dándose cuenta de que la sangre continuaba fluyendo por los dos orificios abiertos por la saeta, comparables en diámetro a los que podría haber hecho una bala de fusil terrestre. La herida ya no le dolía tanto; ahora, el peligro estribaba en una hemorragia demasiado acentuada.

Los guerreros parecían desconcertados y no sabían qué hacer. Mientras hablaban y discutían entre sí, Gratham rasgó el borde inferior de su túnica y se confeccionó una venda, que enrolló en torno al brazo herido. La salida de la sangre disminuyó bastante.

En aquel momento vio que los maapsitlanos se dividían en dos grupos, uno de dos guerreros y el otro de tres, con objeto de cogerle en medio. Las saetas empezaron a silbar a su alrededor.

Se tendió en el suelo y miró a través de las ramas de los arbustos. Volcó la bolsa, dejando que las granadas cayeran al suelo. Encendió una de las mechas y esperó casi hasta el último momento. Entonces se puso de rodillas y arrojó la bomba.

El estallido se produjo en el aire, a metro y medio del suelo y a veinte de distancia del lugar del lanzamiento. Los dos guerreros de aquel lado quedaron destrozados instantáneamente por la explosión.

Gratham se revolvió con rapidez sobre sí mismo. Los tres supervivientes, haciendo acopio de valor, se arrojaban sobre él, blandiendo sus espadas. Estaban ya a menos de veinte metros de distancia.

Con frenéticos movimientos, prendió fuego a otra mecha. Esta vez no lanzó la bomba, sino que la dejó en el suelo, en medio de las restantes. Agarró una granada, que se llevó de repuesto, y luego, tras incorporarse agilísimamente, saltó en zambullida al otro lado de los arbustos. Rodó un par de veces sobre sí mismo para buscar la protección del tronco del árbol.

Las granadas estallaron con tremendo fragor, sacudiendo la tierra con la violencia de un terremoto. El árbol crujió, como si fuera a caer de un momento a otro. Una espesísima nube de humo cubrió el lugar.

Después de la fenomenal explosión, sobrevino un intenso silencio. Despacio, Gratham se puso en pie. Los últimos atacantes habían sido sorprendidos por la última deflagración y yacían por el suelo, destrozados por completo.

Poco a poco, Gratham recorrió el lugar, y pudo comprobar que todos los maapsitlanos habían muerto. Respiró hondamente al considerarse salvado. Había dado muerte a una docena de seres humanos, y ello no le divertía en absoluto, pero consideró que aquellos guerreros habrían sido implacables con él, de no haberse defendido con las granadas.

El brazo le dolía bastante. Aunque la hemorragia había sido contenida casi del todo, la sangre asomaba por fuera del improvisado vendaje. Gratham decidió apoderarse del aparato que había servido para transportar a los guerreros de Maapsitl. Caminó a trompicones hasta alcanzar el aparato.

Se colocó ante los mandos y puso en marcha el vehículo, el cual se elevó de inmediato. La orientación, ahora, era muy fácil; para ello bastaba seguir el curso del río desde el aire.

Se sintió invadido de una penosa debilidad. Se mordió los labios; era preciso llegar cuanto antes a Wapsitl, en donde podría ser atendido. Hizo que el avión desarrollara una velocidad exorbitante, próxima a la del sonido.

Cuando ya tenía a la vista las torres de Wapsitl, se notó próximo a perder el conocimiento. Entonces decidió aterrizar en la llanura que había ante las murallas; no estaba seguro de no cometer un desaguisado si lo hacía en la explanada de la parte superior de la montaña. Tomó tierra y, casi arrastrándose, saltó al suelo.

En el mismo instante, oyó un tremendo rugido. Algo subió por los aires, dejando tras de sí una bramadora estela de humo negro.

Atónito, estupefacto, Gratham contempló boquiabierto la marcha del cohete, que había sido lanzado desde el interior de las murallas, situadas a unos mil doscientos metros de distancia. El proyectil describió una larga parábola en el aire y fue a estrellarse contra el suelo a unos cien metros del punto en que se hallaba.

Un enorme cono de humo y tierra se alzó al instante del suelo, a la vez que se escuchaba una pavorosa explosión. Bandadas de piedras saltaron despedidas a gran distancia, con inenarrable violencia, junto con numerosos trozos de la envolvente metálica del cohete. Gratham sonrió satisfecho; sus «reinventos» estaban dando un magnífico resultado.

Otro cohete fue disparado hacia las alturas. Pero el joven ya no pudo ver su explosión. Cuando cayó al suelo, había perdido ya por completo el conocimiento.

* * *

Despertó horas más tarde, en una habitación sumida en una suave penumbra, acostado en su blanco lecho. Abrió los ojos y vio a Ysya y al fraddiworiano situados a ambos lados de la cama.

Ysya le contemplaba con ansiedad no disimulada. Abzil enseñó los dientes; aquella era la sonrisa de satisfacción de los seres de su raza.

—Bueno —explotó el fraddiworiano—, ya era hora de que despertases. ¿Cómo te encuentras?

El joven recordó la herida. Hizo una mueca.

—Bastante flojo —dijo.

—¿Fuiste atacado? —preguntó ella.

—Sí, al final del río. Mi aparato se averió y tuve que abandonarlo. Allí fui atacado por una banda de guerreros pertenecientes al clan de Maapsitl. Menos mal que me había llevado una bolsa de granadas de mano. De lo contrario, no estaría contándolo ahora.

—¿Ya están tan cerca los ejércitos enemigos? —exclamó Ysya, atónita.

—No. Debía de tratarse de una avanzadilla exploratoria. Seguramente, descubrieron mi aparato desde el aire y bajaron a investigar. Uno de ellos me atravesó el brazo con una de sus saetas. Después de haberlos exterminado, tomé su aparato y... —Gratham miró a Abzil con gesto satisfecho—. Los proyectiles funcionan, ¿eh?

—Ya has podido verlo tú mismo —contestó el fraddiworiano, abriendo la boca de oreja a oreja—. Pero figúrate cuál sería nuestra sorpresa, cuando salimos a investigar, en vista de que el aparato que suponíamos enemigo no se remontaba de nuevo, después de la

segunda explosión. Bueno, te descubrimos sin conocimiento y te transportamos hasta aquí. El médico ha dicho que en una semana estarás como nuevo.

—¡Una semana! —exclamó el joven—. Temo que no podré permanecer tantos días en cama. Hay mucho trabajo que realizar. —Miró a Ysya—. He tardado tanto en regresar, porque estuve realizando una concienzuda exploración del terreno.

—¿Viste tropas enemigas? —preguntó ella ansiosamente.

—¡Que si vi tropas! —Gratham hizo una mueca—. Por lo menos se acercan cien mil guerreros.

Abzil emitió un silbido.

—¡Diablos! Parece que se han tomado la cosa en serio.

—No podremos resistirlo. —Ysya se retorció las manos con gesto angustiado.

—Bueno, eso ya lo veremos —contestó el joven con acento lleno de seguridad—. Nosotros disponemos de dos armas formidables: una de ellas, la que esta mañana ha probado Abzil con tanto éxito. Y otra, la sorpresa. La pólvora es desconocida para los rapsitlanos y, en beneficio nuestro, no ha quedado con vida ninguno de los que me atacaron para hablar de las granadas. —Gratham extendió una mano hacia la muchacha—. Ysya, a partir de este momento, has de prohibir con severidad todas las salidas de Wapsitl. Hemos de mantener el más estricto secreto de nuestras nuevas armas o, de lo contrario, se perdería el efecto de la sorpresa.

—Así lo haré —afirmó ella.

Gratham volvió los ojos hacia el fraddiworiano.

—¿Cómo va la fabricación de pólvora, Abzil?

—Muy bien. Tengo doscientos hombres dedicados por entero a este trabajo. Los carros de transporte van y vienen sin cesar a la zona salitrosa y a las fuentes sulfurosas. En este momento, hay cuatro sótanos atiborrados de pólvora hasta el techo. —Abzil se echó a reír—. Si alguien les arrimara una cerilla, menudo petardo.

—Tienes que poner una severa vigilancia en esos almacenes —ordenó el joven—. ¿Y los cohetes?

—Estamos fundiendo envolturas metálicas. Esto va más despacio, puesto que los hombres no están aún muy prácticos y las construyen empleando el mismo procedimiento que para fabricar corazas.

Gratham reflexionó unos momentos.

—¿Crees que acelerando los trabajos podrías construir diez diarias?

Abzil hizo unos cálculos.

—Algunos más también, quizá.

—Bueno, pongamos doce. Son noventa días los que tenemos por delante. Siguiendo a ese ritmo, cuando llegue el momento del ataque, rodemos disponer de un millar de proyectiles. ¿Y máquinas de lanzar?

—Tengo a punto unas treinta.

—Son pocas. Hay que llegar a cincuenta, de modo que cada una de ellas disponga de una dotación de veinte unidades. Además, hemos de instruir a la gente para que los lanzamientos resulten efectivos y no se pierda ni un solo cohete. Por otra parte, se me ha ocurrido también otra idea... pero ésta quiero desarrollarla yo en persona. La pondré en práctica apenas me haya levantado.

—¿Cuándo crees que estarán sus primeras avanzadillas a la vista? —indagó la joven.

Gratham meditó unos segundos.

—Unos dos meses. Me refiero, naturalmente, a las columnas que están más próximas a Wapsitl. Pero no creo que inicien ningún ataque hasta que hayan reunido todas las fuerzas, cuando estén seguros de no perder.

—¿Lanzarás proyectiles a los primeros que se acerquen?

—No, a menos que la situación se ponga extremadamente tensa. De momento, lo más conveniente será aguantarlos con las armas convencionales.

Ysya movió la cabeza en gesto afirmativo. De pronto, dijo:

—Se te averió el aparato, has dicho antes.

—Sí. Yo sé volar con esa clase de máquinas, pero no entiendo sus mecanismos. Bastante hice con mantenerla en vuelo planeado para no estrellarme contra el suelo.

La muchacha arrugó el entrecejo.

—Hace ya años que poseemos esos aparatos voladores —manifestó—. Pero, hasta el momento actual, es la primera noticia que tengo que uno de ellos haya fallado en pleno vuelo.

Gratham se quedó estupefacto, mientras se sentía asaltado por una súbita sospecha. El accidente sufrido, ¿habría sido provocado

deliberadamente?

CAPITULO IX

Desde lo alto de la muralla, Gratham contempló la espesa nube de humo amarillento que se cernía en el horizonte.

Al día siguiente, pensó, ya tendrían a la vista las primeras vanguardias enemigas. Desalentado, se dijo que el hombre variaba muy poco, aunque viviese en planetas separados entre sí por decenas de años luz. El ansia bélica seguía persistiendo, si bien en este caso se trataba más bien de una migración impuesta por necesidades biológicas. Rapsitl era un mundo de una aridez enorme y el ansia de supervivencia movía a sus habitantes. Wapsitl tenía la suerte de poseer una de las zonas más fértiles del planeta y, en cierto modo, resultaba lógico que quienes vivían en parajes más hostiles desearan mejorar su suerte.

Pero Wapsitl tenía derecho pleno a defenderse y a defender los terrenos que le habían pertenecido desde tiempo inmemorial. La faja de verdor alcanzaba una longitud de doscientos kilómetros por diez o quince de anchura, debido a la abundancia de líquido. Ahora bien, ensanchando el área de irrigación podrían robarse grandes extensiones de terreno al desierto, sobre todo en la margen derecha del río, ya que a la izquierda cualquier tentativa en este sentido estaba condenada al fracaso por el Desierto de la Sal y los terrenos sulfurosos. De todas formas, con maquinaria adecuada y con personas especializadas, en pocos años el paisaje podía sufrir una transformación radical.

Empezó a elaborar sueños rosados. Viajes a la Tierra... claro que salvando el cinturón de asteroides, importación de técnicos y maquinaria... Pero ello precisaría sumas ingentes de dinero y Rapsitl no parecía un mundo capaz de sufragar semejantes gastos. Tendrían que realizarlo con sus propios medios, no veía otra solución por el momento. Suponiendo, claro está, que la batalla que se aproximaba terminase con éxito para los wapsitlanos.

Se sorprendió a sí mismo pensando en el futuro de aquel planeta. Él, un terrestre. Pero, si ya apenas se acordaba de su mundo natal, reconoció con no poca sorpresa.

Sí, tenía allí algunos familiares, una hermana casada hacía ya

bastantes años, pero con quien había tenido muy poca relación en los últimos tiempos. Ciertamente, su hermana, su marido y los hijos de este matrimonio, no le echarían mucho de menos. Y lo bueno era que su cuñado era un excelente ingeniero y le habría podido ayudar tanto en aquellas circunstancias...

Luego pensó en el aterrizaje forzoso que se había visto obligado a realizar dos meses atrás. Ysya había declarado que jamás ninguno de los aparatos voladores había sufrido con anterioridad la menor avería. ¿Se trataba de un sabotaje?

Movió la cabeza ensimismado. No estaba muy seguro de ello, aunque pensó que no había ninguna máquina perfecta y que, en cierto modo, resultaba lógico que unos aparatos que llevaban funcionando cientos de años, se estropeasen algún día. De todos formas, convino consigo mismo, era preciso mantenerse alerta en todo momento.

Descendió lentamente de la muralla. Abzil estaba trabajando con ahínco en uno de los aparatos lanzacohetes, unas rústicas rampas construidas con madera, parecidas en su forma a las antiguas catapultas terrestres. Salvo cuatro de ellas, las demás estaban situadas a pocos pasos de la muralla, encaradas hacia la llanura. Cada una de las rampas tenía colocado ya su proyectil, un cohete de unos tres metros de largo por cuarenta centímetros de grueso, con aletas estabilizadoras y un tubo de veinte centímetros de grueso en su final, donde se colocaba la carga impulsora, que luego comunicaba su fuego al explosivo. El joven había preferido este método, ya que no tenía la seguridad de construir una espoleta de percusión que diese buen resultado.

En síntesis, cada rampa consistía en una monumental ballesta, la cual, al distenderse, proyectaba el cohete por encima de la muralla. El impulso inicial hubiera resultado corto, de no haberse añadido la propulsión suplementaria suministrada por la carga de proyección. Las pruebas realizadas hasta entonces habían demostrado que podían lanzar los cohetes hasta cinco kilómetros de distancia, pero el joven sabía que las fuerzas enemigas acamparían mucho más cerca. Por lo tanto, sería preciso reducir la tensión de la ballesta destinada al primer impulso y la cantidad de pólvora para la carga de proyección. Puesto que la ballesta podía variar su inclinación, Gratham disponía de este elemento, más los dos anteriores citados,

por medio de los cuales podría graduar el alcance de sus proyectiles. En la Tierra, se decía, aquellas rudimentarias máquinas habrían arrancado grandes carcajadas a los técnicos; allí resultaban artefactos dotados de un poder devastador. Media tonelada de pólvora por cohete no era ninguna broma.

Abzil agitó dos de sus manos para saludarle. El fraddiworiano se movía continuamente, dotado de una energía inagotable. Gratham se preguntó cómo habría podido resistir aquellos meses de trabajo incesante, de no haber podido contar con un ayudante como él. Gratham reconoció que se habría visto muy apurado para poder concretar sus planes en algo práctico.

—Ya se acercan las primeras avanzadillas —informó el joven, al reunirse con su amigo—. Mañana habrán acampado delante de los muros.

Abzil estaba dando los últimos toques a una de las grúas que colocaban los proyectiles en posición de lanzamiento. Los cohetes resultaban demasiado pesados para colocarlos a brazo, por lo que había sido preciso construir aquellas grúas, cada una de las cuales servía para dos ballestas. Los hombres de Wapsitl, que habían conocido el formidable poder de las armas construidas por el joven, en las pruebas que habían sido realizadas para determinar tanto su buen funcionamiento como los distintos alcances, se sentían muy animados y su paso era acogido constantemente con grandes aclamaciones y gritos de alegría.

En los últimos tiempos, Gratham se había convertido en un hombre muy popular en Wapsitl. Por todas partes a donde iba, en su carro tirado por doce de aquellos animales, era acogido con grandes muestras de afecto. Otro hombre, en su lugar, habría perdido quizá la cabeza y se habría sentido demasiado engreído, pero Gratham era sencillo y si bien aceptaba aquellos homenajes, no por ello había variado su carácter lo más mínimo.

Las mujeres, por regla general, también se sentían muy interesadas por su persona, en especial las que poseían los suficientes atractivos físicos para llamar su atención. Terrestre al fin y al cabo, Gratham no había resultado tan puritano como para no haber tenido parte principal en alguna que otra aventurilla amorosa, aunque había sido lo bastante cauto como para no comprometerse en serio. Había otra mujer que le gustaba mucho

más, pero por el momento prefería mantener en secreto sus sentimientos.

—Bueno —contestó Abzil a las anteriores palabras del joven—, cuando llegue el momento, les haremos un recibimiento muy caluroso.

Gratham sonrió. Los enormes montones de proyectiles estaban situados al pie de las catapultas, cada una de las cuales estaba ya en disposición de lanzar el que tenían colocado. Las máquinas disponían de los suficientes hombres para que su manejo resultase rápido y eficaz. Gratham había procurado entrenarlos con eficiencia, de modo que confiaba en que, llegado el momento, los fallos resultasen mínimos.

Se acercó a la base de la muralla. A trechos se habían practicado en ella una serie de orificios de poca anchura que comunicaban con el exterior. El orificio medía escasamente diez centímetros y estaba destinado a emplear el otro truco de que había hablado el joven el día de su regreso.

A la mañana siguiente, divisaron unos veinte mil hombres que se habían extendido en amplio semicírculo frente a la ciudad. Ysya se reunió con él en lo alto de la muralla. Belo compareció minutos después.

—Y lo que vemos no son más que las primeras avanzadillas —manifestó Belo con tono de desaliento.

Ysya se volvió hacia él rápidamente.

—Sé lo que piensas, Belo —manifestó.

El individuo enarcó las cejas.

—Quizá si entablásemos negociaciones…

—No —determinó ella, tajante—. Defiendo las tierras del clan de Wapsitl, que son nuestras desde que hay memoria de la existencia del clan. Pero aunque no fuera así, tú sabes muy bien que si logran asaltar la ciudad, nos exterminarán fríamente, a todos, hombres, viejos, mujeres y niños.

—Pero podríamos establecer unas condiciones de entendimiento —sugirió Belo—. Quizá conseguiríamos firmar un pacto y salvar nuestras vidas.

La muchacha se dispuso a contestarle, pero Gratham se le adelantó.

—Espera un momento. Quizá Belo tenga razón.

Ella le miró con expresión de enojo.

—Después de lo que has hecho, ¿serías capaz de rendirte sin lucha? —preguntó irritadísima.

—Nunca conviene lanzarse a la lucha, sin antes haber agotado todos los procedimientos de evitarla —repuso Gratham en tono reposado—. En eso Belo tiene cierta razón; sería conveniente celebrar una conferencia con los jefes de los distintos clanes.

—¿Piensas que se retirarían, solamente porque tú les convencieras de ello, después de haber recorrido miles y miles de kilómetros para conseguir un substancioso botín? —exclamó Ysya.

La pregunta de la muchacha no tenía desperdicio. Gratham sabía que los enemigos de Wapsitl no se marcharían tan fácilmente, pero no hablaba tanto por sentir verdaderos deseos de conferenciar con los jefes de los clanes enemigos, como por descubrir las verdaderas intenciones de Belo, de quien sospechaba como autor del accidente que había estado a punto de costarle la vida.

—Además —siguió la muchacha—, suponiendo que llegásemos a un acuerdo con ellos. ¿Qué haríamos, cederles parte de mis tierras? Podrían mostrarse tranquilos durante un tiempo, pero, inevitablemente, acabarían por producirse roces que degenerarían en luchas cada vez mayores, las cuales acabarían por producir un estallido final, cuyo resultado es harto fácil de predecir: la destrucción y la ruina para Wapsitl. Y eso es lo que yo quiero evitar a toda costa.

Las razones de Ysya eran incontrovertibles. A pesar de todo, Gratham no quiso dar su brazo a torcer.

—Antes de romper las hostilidades de un modo definitivo, juzgo prudente conferenciar con los jefes de los clanes. Pero —se apresuró a añadir rápidamente—, si no te parece bien, retiro mi propuesta desde este momento.

Ysya reflexionó un segundo.

—Bien —decretó al cabo—, de todas formas, no haremos nada hasta que se hayan reunido todas las fuerzas enemigas. Según tú, falta más de un mes para que lleguen los restantes.

—Eso es lo que calculo —manifestó el joven.

—Entonces resolveré sobre lo que haya que hacer.

Ysya arrojó una mirada por encima de la muralla. Las tropas adversarias habían acampado en una amplia faja de terreno, en

semicírculo alrededor de la parte baja de la ciudad, a unos ochocientos metros de distancia.

—¿No crees conveniente intentar combatirles ahora con los medios de que disponemos? Son menos, la quinta parte del total y acaso podríamos desbandarlos.

Gratham sacudió la cabeza.

—No conviene desperdiciar nuestras armas. Sus efectos serán mucho mayores cuando todos los clanes estén reunidos frente a la ciudad. Déjalos que se reúnan. Además, si hemos de discutir con ellos antes de entablar combate, es preciso contar con todos los jefes de clan.

—Podríamos mostrarles el poder de nuestras armas —sugirió Belo.

—En absoluto. Nadie que sea extraño a Wapsitl debe franquear las murallas —denegó el joven—. A menos que no quedemos vivos para contarlo.

La discusión se interrumpió en aquel punto. Acto seguido, Gratham descendió de la muralla y se acercó a Abzil.

—Escucha —le dijo en voz baja—, a partir de este momento, habrá que vigilar atentamente los depósitos de proyectiles. No permitas que nadie se acerque a ellos sin motivo muy justificado.

Abzil le dirigió una mirada inquieta.

—¿Temes algo, Lex? —inquirió.

El joven miró rápidamente hacia lo alto de la muralla, en donde Ysya y Belo continuaban observando la actividad del campo enemigo.

—Ese Belo... —dijo con acento preocupado. Pero no quiso añadir una sola palabra más.

Abzil le pegó dos palmadas en la espalda.

—Vigilaré noche y día... ¡y pobre de él si le veo el menor gesto sospechoso! Le tengo muchas, pero que muchas ganas. ¡Trece años de encierro por su culpa! No se lo perdonaré nunca, te lo aseguro.

Gratham hubo de convenir en que su amigo tenía razón.

CAPÍTULO X

Treinta días después, Lex Gratham empezó a preguntarse si no había cometido una imprudencia al dejar de combatir al primer

núcleo enemigo.

Delante de ellos y a una distancia que oscilaba entre los ochocientos y los mil quinientos metros, burbujeaba una espesa masa de hombres, que ocupaba una enorme extensión de terreno. Era imposible hacer un cálculo, pero Gratham estimó que la cifra no podía ser inferior de ningún modo a los cien mil hombres. Contaba con unas armas poderosas y, además, con la sorpresa que el funcionamiento de éstas causaría sin duda en los clanes atacantes, pero no estaba seguro de que el número no terminase por abrumarlos. Si hubieran hecho huir a los primeros grupos, éstos se habrían encontrado con los siguientes y les habrían hablado del formidable poderío de las armas de que disponían los wapsitlanos... pero era ya tarde para entretenerse en lamentaciones. Lo único que cabía hacer era afrontar con firmeza lo que el destino les deparase.

Por la parte escarpada, los atacantes constituían solamente escasos núcleos, destinados más bien a cerrar todas las salidas de la ciudad. No obstante, Gratham mantenía allí varios pelotones que sumaban en total tres centenares de hombres, dotados con cuatro catapultas más la dotación correspondiente de cohetes, aparte de una abundante reserva de botes de pólvora. Juzgando por la mentalidad de los rapsitlanos, el primer ataque debería ser lanzado por la parte más llana. Esperaba no equivocarse.

Al día siguiente de la llegada de las últimas fuerzas, un carro ocupado por cuatro hombres, uno de los cuales ostentaba una bandera con todos los colores de los distintos clanes, se acercó al galope a las murallas. El portador de la bandera la hacía ondear a derecha e izquierda, con cuyos gestos quería indicar sus deseos de parlamentar.

Gratham corrió a la puerta principal. Colgando del cinturón llevaba dos botes explosivos. No quería correr ningún riesgo.

Ordenó que abriesen la puerta lo justo para salir y pasó al otro lado, destacándose a unos veinte metros de distancia, en donde se detuvo con la mano levantada.

El carro se detuvo frente a él. Un guerrero de rojo avanzó con paso rápido.

—Vengo en nombre de todos los clanes de Rapsitl a intimaros a la rendición —exigió el guerrero con orgullo.

—Vuelve por donde has venido —respondió el joven sin

inmutarse— y haz saber esto a tus jefes: primero, en Wapsitl no admitimos enviados delegados, sino que queremos hablar con quienes mandan ese ejército; y segundo, si pensáis hacernos la guerra, os exterminaremos sin piedad.

El sujeto sonrió con desprecio al oír las últimas palabras.

—Tus palabras son las propias de un fanfarrón que busca ocultar su miedo con frases altisonantes —contestó—. Traigo en las manos las condiciones de…

—No traes nada —le interrumpió secamente el joven—. Vete enseguida. Si tus jefes quieren decirnos algo, que lo hagan en persona. Eso es todo.

Y sin añadir una sola palabra más, dio la vuelta en redondo. Mientras lo hacía extrajo con disimulo una de las granadas de mano y encendió la mecha. Si los otros no hacían ningún gesto sospechoso, tendría tiempo sobrado de arrancarla.

De pronto, con rápido movimiento, se volvió sobre sí mismo, cuando apenas había caminado una docena de pasos. Entonces vio a dos de los guerreros que le apuntaban con sus ballestas.

Se dejó caer al suelo, al mismo tiempo que lanzaba el bote rodando hacia las ruedas del vehículo. Las flechas pasaron silbando por encima de su cabeza.

Se tapó la cara con los brazos. Un segundo después, sonaba la explosión.

El carro resultó destrozado por el estallido. Dos de sus ocupantes murieran inmediatamente. Los otros dos, maltrechos y ensangrentados, se alejaron renqueando, espantados por aquel inusitado fenómeno que había causado tan enormes estragos en ellos.

Gratham se puso en pie y se limpió el polvo maquinalmente. Recogió la bandera de parlamento, dio media vuelta y regresó a la ciudad.

Ysya salió ansiosa a su encuentro.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, no he sufrido el menor daño. —Arrojó la bandera a un lado con gesto de disgusto—. Esos perros no saben respetar ciertos símbolos —masculló.

—¿Qué es lo que te han dicho?

—Figúratelo. Nos intiman a la rendición, pero les he contestado

que tú no admites delegados, que quieres hablar personalmente con los jefes de clan.

—Pero ¡es que yo no deseo hablar con mis enemigos! —protestó ella con vehemencia.

—Ten confianza en mí y haz lo que te recomiendo —rogó Gratham—. Dos de ellos, aunque heridos, han conseguido regresar. Ellos hablarán de lo que les ha pasado. O vienen a conferenciar contigo o lanzan un ataque. En cualquiera de los dos casos, déjame a mí la iniciativa, ¿quieres?

Ysya remoloneó un poco, pero acabó por acceder con desgano.

—Está bien, pero conste que lo hago a disgusto.

—De acuerdo. Ah, cuando vengan, si es que vienen, vístete con tus mejores galas. Belo deberá acompañarnos también. —Al decir estas palabras, miró al mencionado, que estaba junto a la muchacha —. Es el jefe de tu ejército, no lo olvides.

—Mis intenciones han sido siempre las de parlamentar, antes de lanzarme a una lucha suicida —contestó Belo.

—Muy bien, pero eso depende ahora de ellos. Si no quieren parlamentar, es claro que no vamos a obligarles a que lo hagan.

Belo se vio forzado a mostrarse de acuerdo con el joven.

—Desde luego —dijo cortésmente.

Pero Gratham seguía sin confiar en el sujeto.

El día transcurrió sin ninguna novedad. Era evidente que los ejércitos llegados últimamente se dedicaban al descanso, después de tantos meses de marcha. La noche pasó también sin alteraciones, aunque el joven permaneció en vela hasta el amanecer. Finalmente, viendo que la cosa no ofrecía peligro por el momento, buscó un rincón y se tendió a dormir un rato.

A media mañana, un hombre fue a despertarle por encargo del fraddiworiano.

—Los enemigos se acercan a parlamentar, según parece.

El joven se despabiló enseguida. Se arrojó unas gotas de agua al rostro y, tras ajustarse las ropas, corrió hacia la puerta.

Ysya llegaba en aquel momento en su carro, acompañada por Belo. La muchacha vestía de la misma forma que el día que la conoció y sus largos cabellos negros aparecían recogidos bajo el casco, sujeto firmemente a su barbilla por un flexible barboquejo de metal. A la cintura llevaba una corta espada y, pendiente de los

hombros, un largo manto del mismo color de la coraza. Belo vestía de la misma manera, pero sin manto alguno.

—Os acompañaré —ofreció Gratham.

Ysya movió la cabeza en sentido afirmativo.

Salieron de la ciudad, pero no tuvieron que caminar mucho. A menos de cien metros de distancia, Ysya detuvo el carro. Los jefes de los clanes enemigos llegaban ya, cada uno en su carro y precedido de un soldado con la bandera respectiva.

Gratham contó once jefes. Contando a cinco mil guerreros por cada uno de ellos, el número total de las fuerzas adversarias superaba de largo el centenar de millar. La desproporción era abrumadora y el joven dudó que sus explosivos consiguieran inclinar la victoria a su favor.

Los abanderados quedaron atrás, mientras los jefes de clan avanzaban en hilera hasta situarse a pocos pasos de distancia. Parecían ir presididos por el de roja vestimenta, color que el joven sabía pertenecía a Hopsitl.

—Tenéis que hablarme, supongo —dijo Ysya.

—Así es —contestó el de Hopsitl—. Sólo queremos decirte una cosa, Ysya de Wapsitl: ríndete y seremos magnánimos y generosos contigo y con los tuyos.

—Supongamos que me rindo —dijo ella—. ¿Qué ventajas obtendré de la rendición, Gramp de Hopsitl?

—Vivir en paz, ¿te parece poco? —contestó el guerrero rojo.

—Y, supongo, vosotros ocuparíais nuestras tierras, las más fértiles del planeta.

—Pero os dejaríamos la ciudad y espacio suficiente para vuestras necesidades —ofreció Gramp.

—Estás loco —exclamó la muchacha—. Conozco demasiado bien el valor de vuestras promesas, Gramp de Hopsitl. Una vez nos hubiéramos rendido, asaltaríais la ciudad y la pasaríais a sangre y fuego. Mi respuesta a tus proposiciones es: ¡No!

El diálogo se desarrollaba en rapsitlano, idioma que Gratham comprendía ya perfectamente. El joven vio que los ojos del guerrero rojo destellaban con furia.

—¡Por última vez, Ysya de Wapsitl! —gritó de mal talante.

—Ya conoces mi respuesta —contestó ella sin amilanarse.

—Os destruiremos. Arrasaremos la ciudad hasta sus cimientos.

—Antes tendréis que conquistarla.

—Mañana asaltaremos las murallas —prometió Gramp coléricamente.

—¡No hará falta! —gritó Belo de pronto. Con gesto tan repentino como inesperado, sacó la espada, cuya punta colocó contra la garganta de Ysya, al mismo tiempo que la sujetaba con fuerza por un brazo—. Yo me encargaré de entregaros la ciudad, con una sola condición.

Gratham se quedó helado de pavor por unos instantes, sin atreverse a intervenir. El menor movimiento haría que Belo degollase a la muchacha.

—¿Qué condición es ésa? —preguntó Gramp, cuyo rostro expresaba claramente el contento que le producía el cambio de situación.

—La primera, que este hombre que viene con nosotros y un fraddiworiano amigo suyo han de morir.

—¡No! —protestó Ysya.

—¡Cállate! —vociferó Belo—. O te estás quieta o te degüello en este mismo sitio. Tú conservarás la vida, pero esos dos sujetos deben morir.

—Morirán, si ése es tu gusto —concedió Gramp—. ¿Ahora mismo?

Una perversa sonrisa lució de pronto en los labios de Belo.

—Por mi parte, no tengo el menor inconveniente. Luego habréis de cederme la jefatura del clan de Wapsitl.

—Por descontado. —Gramp sacó su espada—. Ahora, este sujeto; después...

Gramp no pudo terminar sus palabras. En el mismo instante, sonó un ruido raro, algo no escuchado jamás en el planeta hasta aquel momento.

Gratham pensó que estaba soñando. Pero casi en el acto escuchó otro sonido: el de un metal al ser atravesado por un proyectil, sonido que se produjo cuando aún flotaban en el aire los ecos del estampido de un disparo de rifle.

Belo se tambaleó. La espada se desprendió de sus dedos sin fuerza.

Atónito, mientras Belo se desplomaba al suelo sin un gemido, Gratham pudo ver el horrible agujero que el proyectil había

causado en el casco del traidor, entre la oreja izquierda y la nuca, fulminándolo en el acto.

La estupefacción se apoderó de todos los presentes al ver morir a Belo sin rastro alguno de proyectil. Gratham no tardó en aprovecharse del nuevo cambio de la situación.

Agarró a Ysya por un brazo y la situó detrás de él. Luego se encaró con los atacantes.

—No deis un paso más, si no queréis morir de la misma forma que ha muerto ese perro traidor —intimó. Y sin darles tiempo para hablar, prosiguió—: Poseemos armas de un poder fabuloso, como jamás hubierais podido imaginar. ¡Mirad!

Sacó una de las granadas, prendió la mecha y la arrojó a un costado. La bomba estalló con atronador estrépito y gran humareda.

Varios de los jefes de clan retrocedieron asustados. Sólo Gramp y dos o tres más se mantuvieron firmes, aunque temerosos en su interior.

—Os voy a dar de plazo hasta mañana por la mañana —dijo el joven enérgicamente—. Si mañana, al salir el sol, no habéis levantado el campo, vosotros y vuestros hombres seréis arrasados por las armas que hemos construido. Ya habéis visto cuál es su poder; y éstas que hemos utilizado son las más sencillas. Poseemos otras capaces de destrozar a mil hombres de un solo golpe, aunque estén a cinco mil pasos de distancia. —Extendió el brazo con ademán majestuoso e imperativo—. ¡Idos en el acto, antes de que os mate a todos! ¡Fuera!

Gramp y los suyos se retiraron en silencio, incapaces de responder a las palabras del joven. Al quedarse solos, Ysya se agarró con fuerza al brazo de Gratham.

—Ese Belo —murmuró, aún estremecida.

Gratham lanzó una rápida mirada al cadáver del traidor, que se desangraba lentamente en el suelo.

—Lo dejaremos ahí para escarmiento —dijo—. Ahora, regresemos a la ciudad.

Subieron al carro y volvieron al refugio de las murallas. Abzil salió a recibirles con un artefacto muy parecido a un rifle terrestre en las manos.

El fraddiworiano se sentía muy satisfecho de su hazaña.

—¡Lex! —gritó—. ¿Qué te ha parecido mi aparatito?

El joven tomó el rifle. Era de burda construcción, pero muy efectivo, pese a cargarse por la boca.

—No me habías dicho que tuvieras un arma semejante —dijo.

Abzil sonrió alegremente.

—Fue una prueba que empecé a hacer unos días atrás —respondió—. No te quejarás de sus efectos, supongo.

—Al contrario. Gracias a ti puedo decir que estoy vivo.

Abzil hizo una mueca.

—Tenías razón. Belo no era de confianza. Lo tuve todo el tiempo bajo la mira de mi escopeta y cuando vi lo que se disponía a hacer... ¡bum!, un canalla al infierno. —Abzil recobró el arma—. Lástima que no hayamos dispuesto de más tiempo para construir un par de millares.

Gratham arrojó una mirada hacia las catapultas, que estaban alineadas a lo largo de la muralla, a unos treinta metros de distancia de la misma.

—Lo pensé hace ya tiempo, pero era preciso decidirnos entre los cohetes o los fusiles. Los cohetes causarán más efecto, supongo.

—Eso, antes de mañana podremos verlo —afirmó el fraddiworiano.

CAPÍTULO XI

Abzil se equivocó en unas horas. Los atacantes permanecieron silenciosos durante el resto del día, aunque Gratham pudo ver bastante movimiento en un punto de las líneas enemigas, donde supuso que los jefes habrían establecido su cuartel general. Se imaginó a los jefes de los diferentes clanes, discutiendo las posibilidades de atacar o de levantar el campo, aunque no albergaba la menor confianza de que se produjera la segunda coyuntura.

Antes de que las sombras de la noche se disiparan, Gratham, nombrado por la muchacha jefe de las fuerzas combatientes, ya tenía a su pequeño ejército en pie de guerra. Las murallas estaban ocupadas por centenares de guerreros armados con sus ballestas y armas arrojadizas, además de los botes de pólvora, que sólo deberían ser utilizados cuando los atacantes llegasen al pie de los muros.

Alboreó el nuevo día y los ejércitos enemigos se hicieron visibles.

—Están haciendo sus preparativos para atacar —dijo Ysya, que se había reunido con el joven antes del amanecer.

—Muy bien —dijo Gratham—. Entonces, vamos a asestarles el primer golpe.

Abzil estaba al pie de la muralla. El fraddiworiano dirigiría el tiro, de acuerdo con las instrucciones de Gratham.

El joven se inclinó hacia abajo.

—Una salva dé tres por catapulta. A ochocientos. Ya puedes abrir el fuego.

El fraddiworiano juntó los dos pulgares y los dos índices derechos en sendos círculos, haciendo así una señal de asentimiento. Luego se volvió hacia sus hombres y les dio una orden.

Las rampas de las catapultas se movieron lentamente, hasta alcanzar la inclinación deseada. Cada cincuenta metros, Abzil tenía a un hombre para transmitirle las órdenes por medios visuales.

Abzil bajó las dos manos derechas a un tiempo. Entonces, los artilleros prendieron la mecha a los cohetes. Un segundo después, los encargados del lanzamiento soltaban los pestillos de seguridad.

Cuarenta y seis cohetes fueron disparados a lo alto. El impulso proporcionado por las catapultas les hubiera lanzado apenas a ciento cincuenta metros de distancia, pero el joven trataba de evitar con esto explosiones prematuras. Mientras subían los primeros metros, la marcha prendía en la carga propulsora.

Impedido por falla de medios de poder construir una espoleta de percusión lo suficientemente segura para no fallar un solo disparo, Gratham había tenido que recurrir al viejo procedimiento de los cohetes de feria: una parte de la pólvora para propulsarlo y el resto destinado a la explosión destructora. Las pruebas habían sido numerosas y controladas con sumo cuidado, dosificando la carga propulsora según las distancias a alcanzar, mediante un peso de la misma calculado con meticulosidad. Como es lógico, Gratham no confiaba en que le hubiera salido una obra técnicamente perfecta, dados los medios tan rudimentarios con que había contado para la fabricación de su arsenal. No obstante, confiaba en los cohetes, que en las pruebas habían dado un rendimiento bastante satisfactorio.

* * *

Un segundo después de soltados los pestillos de las catapultas, se inflamaron las cargas propulsoras. Entonces se oyó un atronador rugido que ensordeció a todos cuantos se hallaban en las murallas.

Los cohetes se elevaron en el aire, dejando tras sí una serie de bramadoras estelas de llamas y humo. Los wapsitlanos contemplaban estupefactos aquella lluvia de proyectiles que avanzaba raudamente por el espacio en dirección al campo enemigo.

No todos los cohetes dieron buen resultado, cosa que Gratham ya esperaba y con lo cual había contado desde el primer momento de iniciar su fabricación. Dos de ellos estallaron con horrísono estruendo a unos quinientos metros de altura, inflamada la carga explosiva antes de tiempo. Uno de ellos se apagó y cayó a doscientos metros escasos de la muralla, clavándose de punta en el suelo.

Otro cohete estalló a mitad de la trayectoria. Un quinto cayó al suelo en mala posición y quedó tendido, mientras salía un chorro de chispas y humo por la taberna de eyección. De súbito, la carga propulsora se inflamó y el cohete se disparó hacia adelante a toda velocidad, estallando a medio kilómetro de la muralla. Aún hubo otro cohete que enloqueció y empezó a describir una trayectoria errática, sin duda por algún defecto de las aletas estabilizadoras. Durante unos segundos agónicos, Gratham e Ysya contemplaron fascinados el frenético zigzagueo del cohete hasta que, propagado el fuego a la carga destructora, se produjo la explosión a pocos metros del suelo, aunque a suficiente distancia de la muralla para no temer daños del estallido.

Pero aún quedaban cuarenta cohetes útiles y éstos funcionaron tal como había sido calculado. Rugiendo con estruendo, describieron una larga parábola en el cielo y cayeron, con inapreciables intervalos de tiempo, en el centro de la masa atacante.

Un segundo después se producían cuarenta atronadoras explosiones en una longitud de tres kilómetros. Cuarenta conos invertidos de humo y tierra subieron a gran altura, mientras el suelo temblaba como sacudido por una apocalíptica convulsión geológica y numerosos cuerpos destrozados eran lanzados por los aires.

Mientras tanto, los cargadores de las grúas se afanaban por situar otros proyectiles en las rampas. Los guerreros estaban magníficamente entrenados y la operación se llevó a cabo en contados minutos. Cuando las fuerzas enemigas no se habían rehecho aún de la impresión que les había causado la primera salva, Abzil dio la orden de lanzar la segunda.

El porcentaje de fallos fue en esta ocasión algo menor, pues sólo tres cohetes estallaron antes de tiempo o se perdieron. El resto, cuarenta y dos, se lanzaron aullando al espacio en dirección a las desorganizadas y aterrorizadas filas enemigas.

Las explosiones se sucedieron durante unos mortales segundos, devastando cuanto se encontraba dentro de su radio de acción. Los cuerpos humanos eran lanzados a gran altura, rotos, destrozados y despedazados, mientras un sonoro clamoreo de espanto y terror llegaba hasta las murallas.

La tercera descarga fue disparada a continuación. Treinta y nueve proyectiles alcanzaron su blanco, provocando un número incontable de bajas y la desbandada total de las fuerzas enemigas. Los guerreros de los clanes adversarios huían en todas direcciones, buscando ponerse fuera del alcance de aquellas armas terroríficas que habían causado tan enorme mortandad.

El suelo aparecía cubierto de cadáveres, especialmente en las inmediaciones de los cráteres provocados por el estallido de los proyectiles. Los guerreros escapaban enloquecidos, desobedeciendo las órdenes de sus jefes de clan y de algunos de los más leales a éstos. El campamento adversario se había convertido en un espantoso pandemónium, en donde nadie se entendía y del que solamente salían gritos de pavor y de espanto.

Los hombres de Wapsitl prorrumpieron en exclamaciones de júbilo al presenciar la desbandada enemiga. Ysya, sobre todo, estaba entusiasmadísima.

—No te dejes llevar por un optimismo exagerado —recomendó él—. Han muerto muchos, en efecto, pero todavía queda una cifra elevada para volver a atacar. La primera escaramuza ha sido nuestra, pero mientras no hayamos ganado toda la batalla, no podremos decir que hemos conseguido la victoria.

Ysya le miró con ojos brillantes de excitación.

—Después de lo que hemos visto, ¿crees que queda alguna duda

acerca de quién será el vencedor final? Míralos, todavía están corriendo.

—Desde luego —convino el joven—. Pero no todos. Algunos, fíjate bien, se han detenido y empiezan a reorganizarse. Pronto se les pasará el susto y...

—¡Dispárales más cohetes! —ordenó ella vehementemente.

—Calma, calma. Nuestras reservas no son ilimitadas y podríamos consumirlas en menos de dos horas. Es preciso aguardar el momento adecuado. Esperemos.

El resto del día transcurrió lentamente, sin que los desmoralizados atacantes hicieran la menor mención de volver al asalto. Pero, algo preocupó al joven: se habían rehecho en gran parte y numerosos pelotones de hombres nombrados al efecto se ocupaban de recoger los cadáveres y colocarlos en lugar adecuado para darles sepultura. Otros se ocupaban de atender a los heridos, aunque éstos eran los menos. Gratham sabía que, aun habiéndoles causado gran cantidad de bajas, el efecto había sido realmente más psicológico que práctico.

Abzil subió a la muralla mediada la tarde.

—Parece que esos tipos se reorganizan —comentó.

Gratham se pellizcó el labio inferior.

—Sí. Se han recobrado de los sustos que les dimos.

—¿Por qué no les enviamos otra andanada? —sugirió el cuadrumano.

Gratham denegó con la cabeza.

—Se me ha ocurrido algo mejor —dijo—. Esta noche, es decir, apenas sobrevenga la oscuridad, iniciaremos un tiro de hostigamiento. Cada catapulta lanzará un solo proyectil a intervalos de... —hizo cálculos y añadió—... cada diez minutos justos. Esto significa que estaremos disparando durante casi toda la noche, a fin de no dejarles descansar en paz.

—Una buena idea, evidentemente —manifestó Abzil—. ¿Y después?

—Voy a ocuparme de alistar dos docenas de carros, ocupados cada uno por seis guerreros. Quiero lanzar un ataque relámpago contra las filas enemigas al filo del amanecer. Estarán rendidos y exhaustos por haber pasado una noche en vela. Les daremos un buen susto, te lo aseguro.

—¿Granadas de mano?

—Exactamente.

Ysya estaba a su lado y escuchaba la conversación.

—¿Piensas ir tú? —preguntó.

—Naturalmente. Debo conducir el ataque.

—Tu obligación es permanecer aquí, dirigiendo la defensa —alegó ella—. Imagínate que te hieren...

—Tienes a Abzil. Él lo haría tan bien como yo... lo está haciendo, en realidad.

—No me gusta —se quejó la muchacha.

—Tendrás que resignarte a ello —afirmó Gratham—. Ahora, déjame que busque a los hombres convenientes.

El joven se marchó, dejándolos solos. Abzil esperó unos momentos, mientras escrutaba con aire especulativo el rostro de la muchacha.

—Le quieres, ¿verdad? —dijo de pronto.

Ysya se sonrojó.

—Es un elemento indispensable —contestó en tono evasivo.

—¿Para quién? —preguntó el fraddiworiano—. ¿Para Wapsitl o para la jefe del clan?

Ysya sonrió de mala gana.

—Yo diría que para los dos, Abzil.

—Entonces, no te preocupes y déjalo que luche por ti y por tu clan. Tus hombres necesitan un caudillo que los guíe a la victoria y cuando Lex lo haya conseguido, encontrarán muy natural que se convierta en tu esposo y su jefe. Entonces será como una especie de ley del vencedor, a la que nadie tendrá nada que oponer; al contrario, la aceptarán como una cosa completamente justificada, dadas las circunstancias. Su mismo prestigio servirá para eliminar posibles recelos a la idea de establecer una unión entre una rapsitlana y un terrestre.

Ysya hubo de convenir en que las palabras de Abzil estaban cargadas de razón, aunque, en su interior, estaba clamando por prohibir a Gratham la salida que se disponía a hacer. Resignándose con la idea, se retiró a su residencia, ya que, por el momento, todo parecía tranquilo, pues los atacantes no daban muestras de moverse del sitio en que se encontraban.

El tiro de hostigamiento empezó apenas se hizo de noche, con el

intervalo prescrito por el joven. Cada diez minutos, con toda puntualidad, un cohete se elevaba aullador en la noche, dejando tras de sí una roja estela de llamas, y se encaminaba hacia las líneas enemigas. A poco, se veía un enorme relámpago y se escuchaba una ensordecedora explosión, que provocaba un alud de gritos y alaridos.

Toda la noche duró el bombardeo. Abzil, insensible a la fatiga, iba de una a otra catapulta, variando el tiro con el fin de castigar los distintos puntos de las líneas enemigas. Cuando ya sólo faltaba un par de horas para el amanecer, se lanzó el último cohete.

Después de la explosión, un gran silencio se hizo en la llanura. Gratham estaba ya al pie de la puerta, al frente de los veinticuatro carros, cada uno de los cuales estaba ocupado por seis guerreros. Aunque la capacidad de transporte de los vehículos era mayor, el joven no había querido sobrecargarlos, tanto por obtener una mayor velocidad de carrera, como por facilitar más amplitud de movimientos a los combatientes.

Al cabo de media hora, ordenó abrir las puertas. En silencio, a marcha lenta, los carros salieron fuera. Sus ocupantes llevaban una buena dotación de granadas de mano así como de fósforos para prender fuego a las mechas. Gratham les había instruido bien en lo que tenían que hacer y los wapsitlanos ardían en deseos de entrar en combate.

Los carros caminaron despacio, evitando sus conductores hacer el menor ruido, hasta situarse a mitad de camino entre las murallas y las primeras filas de sitiadores. Entonces, Gratham ordenó hacer alto.

Esperaron hasta que se divisó en el horizonte la primera línea gris que indicaba la proximidad de un nuevo día. El silencio en el campamento atacante era absoluto. Tal como Gratham había calculado, los sitiadores, abrumados y deshechos por más de seis horas de continuo bombardeo, dormían profundamente.

Entonces, Gratham dio una orden y los veinticuatro carros se lanzaron a una hacia adelante, a toda velocidad.

Sonaron gritos de alarma. Las filas enemigas se acercaron con gran rapidez. Gratham se dispuso a lanzar la primera granada.

La separación entre carro y carro era de unos cien metros. La orden era de alcanzar el borde del campamento sitiador, lanzar una

salva de botes de pólvora, virar en redondo y escapar a toda velocidad. Los wapsitlanos cumplieron la orden al pie de la letra.

Lanzados a la carrera, los vehículos se arrojaron sobre el campamento enemigo. El conductor tenía que preocuparse únicamente del manejo del vehículo. Los cinco ocupantes restantes iban sentados en sentido opuesto a la marcha, a fin de proteger con el cuerpo del viento el fósforo que serviría para prender la mecha.

Los cuatrocientos metros de intervalo fueron salvados en un santiamén. Cuando los centinelas de los sitiadores no habían tenido tiempo de alertar aún a todo el mundo, Gratham y sus hombres, en una extensión de más de dos kilómetros, se lanzaban ya al asalto.

El ataque provocó una espantosa confusión entre los sitiadores. Los carros se adentraron unos metros en las filas enemigas e inmediatamente empezaron a virar, sin dejar de rodar a toda velocidad. Entonces lanzaron las primeras bombas.

El suelo hirvió en explosiones. Brotaban relámpagos rojos, seguidos cada uno de su correspondiente estallido. Los gritos de espanto y de alarma eran continuos. Sentado en su banco, Gratham, impertérrito, lanzaba bomba tras bomba. No se molestaba en hacer demasiado esfuerzo para arrojarlas a gran distancia, sino que las dejaba caer simplemente a unos pasos, allí donde la masa de enemigos parecía ser más espesa.

El ataque relámpago duró un par de minutos escasos. Antes de que los sitiadores hubieran tenido tiempo de rehacerse, los conductores hicieron dar media vuelta a los carros y emprendieron el regreso hacia la ciudad a toda velocidad.

Clareaba ya y los menores detalles podían verse con gran facilidad. Los carros convergían todos en un punto, hacia la puerta de acceso a la ciudad. Gratham se puso en pie, con el fin de observar mejor el campo de batalla.

Entonces se dio cuenta de que unos cuantos carros, cargados de enemigos, se lanzaron en su persecución.

—Para —ordenó al conductor.

El vehículo se detuvo de inmediato. Gratham esperó a que los demás carros le hubieran rebasado.

—Preparad las granadas —ordenó a sus hombres. Cinco mechas se encendieron a un tiempo.

—¡Ahora!

Los botes explosivos volaron por los aires. Gratham ordenó lanzar dos más por individuo, y cuando apenas sonaban aún las primeras detonaciones, hizo arrancar al carro.

Dos de los vehículos perseguidores fueron destrozados por los estallidos. Otro volcó. Los conductores de los restantes, aterrorizados y espantados, volvieron grupas de inmediato, desistiendo de la persecución.

Casi en el mismo momento se oyó un rugido espantoso. Gratham levantó la vista.

Por encima de su cabeza, más de cuarenta monstruos infernales rugían con estruendo, mientras se dirigían hacia sus blancos. Aun antes de caer, los sitiadores huían ya a la desbandada.

El suelo trepidó de forma espantosa. Nubes de humo y polvo se alzaron a gran altura, en medio de un griterío ensordecedor. En su interior, Gratham alabó la buena idea de Abzil. Protegidos de esta forma pudieron ganar, sin más tropiezos, la seguridad de las murallas. Apenas franqueada la puerta, Ysya corrió al encuentro del joven y se arrojó en sus brazos con ímpetu irresistible. Entonces, Gratham supo exactamente cuáles eran los sentimientos de la muchacha hacia él.

CAPÍTULO XII

Abzil subió a la muralla y contempló el campamento enemigo con gesto sombrío.

—Quedan sólo tres disparos por catapulta —dijo.

Gratham asintió en silencio. Pese a sus esfuerzos, pese a las numerosas bajas causadas, los sitiadores no desistían. Había llegado el cuarto día de asedio y continuaban aún en el mismo lugar, perdiendo hombres casi de continuo, pero sin abandonar sus propósitos de arrasar la ciudad.

La mano de Ysya se crispó en su brazo.

—¿Qué podremos hacer si se lanzan al asalto? Todavía quedan muchas decenas de millares...

Gratham extendió la mano con lento gesto hacia el campo enemigo.

—Míralos —dijo—. Ahora sabrás qué es lo que debemos hacer si se lanzan al asalto.

Los sitiadores se ponían en movimiento, formando largas columnas compuestas de un par de miles de guerreros cada una de ellas. Era evidente que Gramp y sus colegas no desistían de sus intenciones.

—¿Disparo una andanada? —preguntó Abril con avidez.

—No. Espera. Deja que lleguen a distancia conveniente. Cuando baje la mano, pon en ejecución el plan número dos.

—Está bien. —El fraddiworiano arrojó una mirada a lo largo de la muralla—. Nuestras fuerzas siguen aún intactas. Y cinco mil hombres bien parapetados pueden resistir mucho tiempo.

Abzil descendió la muralla. Detrás de los parapetos, varios miles de wapsitlanos esperaban a pie firme el ataque, que se adivinaba inminente.

Pero Gratham guardaba aún varias cartas en la manga. Aparte de la dotación individual de botes explosivos, de los que cada wapsitlano poseía gran número, tenía otro truco dispuesto, que no había sido utilizado hasta el momento. Esperaba que diera resultado.

Las columnas atacantes se acercaban a paso de carga. Gratham contó hasta veinte columnas. Suponiendo, se dijo, que cada una de ellas estuviese compuesta por dos mil hombres, eran cuarenta mil en total los que se disponían a atacar la ciudad. Las escaleras para trepar a las murallas eran numerosísimas.

Y en el campamento, como una especie de segundo escalón de reserva, aún quedaban otros cuarenta mil guerreros por lo menos. Gratham no pudo por menos que sentir un enervante escalofrío a lo largo de la espalda.

Las columnas atacantes ocupaban un ancho frente. Lenta, pero inexorablemente, se acercaban a la ciudad.

De pronto, cuando ya estaban a unos doscientos metros, Gratham se acercó al borde interno de la muralla y movió la mano.

Abzil hizo un gesto análogo. Acto seguido, varios cientos de guerreros, provistos cada uno de una antorcha, prendieron fuego a los regueros de pólvora que nacían al pie del muro y lo atravesaban por medio de los pequeños orificios que el joven había mandado practicar tiempo atrás.

Los regueros de pólvora estaban muy bien disimulados por plantas artificiales situadas en sus bordes. A cien metros de

distancia, cada uno de ellos se dividía en dos, y éstos, a su vez, también se dividían en otros regueros, a manera de las ramas de un árbol. Al final de los mismos, y enterrados en el suelo, el joven había colocado centenares de pequeños barriles repletos de pólvora.

Primero se vio el humo de los regueros que desempeñaban el papel de mecha. Centenares de pequeñas columnitas de mortífero vapor se elevaron en el aire. De pronto, la tierra empezó a saltar en todas direcciones, en medio de un estrépito atronador.

Cogidos en el centro de aquel singular campo de minas, los atacantes eran destrozados por las explosiones, que sacudían el suelo despiadadamente. Era un continuo chisporroteo de colosales estampidos que aturdían y ensordecían a un tiempo. Una espesa columna de humo y polvo se elevó a doscientos metros de la muralla, ocultando por un momento la visión de lo que había al otro lado, pero no el griterío, que era aterrador.

Diezmados, destrozados por varios miles de explosiones producidas a un tiempo, los componentes de la primera oleada retrocedieron a la carrera, abandonando las escaleras y todo cuanto debía servirles para su intento de franquear la muralla. El suelo quedó sembrado de cuerpos. La carnicería había sido espantosa.

El ataque había sido rechazado, pero ya no había más minas. Y el enemigo aún conservaba buena parte de su fortaleza, cosa que demostró en un segundo ataque que lanzó mediada la tarde.

Esta vez, los sitiadores consiguieron llegar hasta el pie de la muralla. Algunas escaleras, incluso fueron apoyadas en las piedras de la misma. Pero entonces empezó a llover la muerte desde lo alto.

Varios miles de botes explosivos fueron lanzados a un tiempo. La muralla trepidó de tal forma, que Gratham creyó por un momento que él mismo iba a ser el autor de su destrucción. A veinte metros bajo ellos, los gritos de dolor y los ayes de los moribundos sonaban sin cesar.

Las granadas caían sin apenas interrupción. Favorecidos por la altura, los wapsitlanos podían lanzarlas a gran distancia. Era un continuo burbujeo de atronadores estampidos, que provocaban la muerte y la destrucción en las filas adversarias. Algunos, más audaces, incluso consiguieron poner pie en el interior de la muralla, pero fueron exterminados rápida e implacablemente.

El combate duró poco. El estrago que causaban los botes

explosivos en los atacantes era horroroso. La desmoralización empezó a hacer presa en sus filas y, por último, se produjo la desbandada. Un tercio de los que habían llegado a las cercanías de la muralla quedaron tendidos en el suelo. Los restantes huyeron abandonando armas y bagajes, a fin de correr con más comodidad.

El humo de la pólvora envenenaba el ambiente. Fue preciso un largo período de tiempo para que la atmósfera se aclarase del todo. Entonces, todos cuantos estaban en lo alto de los parapetos pudieron presenciar la espantosa confusión que reinaba en el campamento enemigo.

—¡Se pelean entre ellos! —gritó Ysya.

Gratham sonrió. Nada les convenía más que las desavenencias entre los distintos clanes. Después de los repetidos descalabros, era lógico que surgieran discordias y que estallasen las peleas entre los aliados sólo temporalmente.

Volviéndose hacia abajo, llamó la atención de Abzil. Levantó el dedo índice y luego movió el brazo hacia adelante.

El cuadrumano hizo un gesto de asentimiento. Segundos más tarde, cuarenta y seis cohetes rugían por el aire.

Aquel golpe resultó definitivo. Cuando se acalló el estruendo de las explosiones y se hubo disipado el humo, Gratham, Ysya y todos cuantos se hallaban en las murallas, pudieron ver que los sitiadores, deshechos, desmoralizados, emprendían la retirada.

A la mañana siguiente, el campamento enemigo aparecía completamente desierto. Sólo quedaban los muertos y los heridos incapaces de moverse por su propio pie.

* * *

Dos semanas más tarde, apenas si quedaban ya rastros de la batalla. Una exploración aérea había confirmado la retirada de los sitiadores, subdivididos nuevamente en sus respectivos clanes. Gratham calculó que las pérdidas enemigas podían cifrarse muy bien en una tercera parte. Tardarían mucho en rehacerse para atacar de nuevo, si es que algún día lo hacían. A pesar de todo, convendría estar siempre prevenido. Nada más peligroso que dormirse en los laureles. Días después, Ysya le mandó llamar.

—¿Cuáles son tus planes para el futuro, Lex?

El joven la contempló durante unos segundos.

—En la Tierra sería un sujeto vulgar —dijo—, pero aquí puedo serviros de mucho. Es decir, si aceptas mi ayuda.

—¿Lo dudas siquiera? —La mirada de Ysya se tornó soñadora de pronto—. Fanletti me habló mucho de vuestro planeta y de las cosas tan bellas que hay en él.

—Yo podría ayudarte a construir muchas de ellas, pero me temo que sería preciso traer a hombres más expertos que yo. Y, sobre todo, máquinas, muchas de las cuales, si bien conozco su manejo, ignoro en cambio la forma de construirlas, aparte de que aquí no disponemos de los medios suficientes para su fabricación. Además, tropezamos con dos inconvenientes enormes.

—¿Cuáles? —preguntó Ysya.

—Sitúalos en el orden que más te agrade, ya que los dos son imposibles de salvar. Uno de ellos consiste en el cinturón de asteroides. Yo conseguí atravesarlo, en una ocasión, pero cada vez que pienso en lo que pasé, se me ponen los pelos de punta.

—¿Y el otro inconveniente?

—Suponiendo que lográsemos franquear la barrera de asteroides, suponiendo que pudiéramos llegar a la Tierra, necesitaríamos dinero para adquirir los materiales y herramientas que precisamos, además de pagar a quienes quisieran venir a Rapsitl.

Ysya sonrió levemente.

—Creo que ambos obstáculos pueden soslayarse, Lex.

El joven respingó.

—Bromeas, Ysya.

—En absoluto, querido. Los seres que conquistaron un día este planeta y luego dejaron las naves, dejaron también varias cartas estelares con los datos precisos para franquear la barrera de asteroides sin el menor riesgo.

—¡Hombre! ¡Eso sería magnífico! —exclamó el joven. Luego añadió—: Claro que, aunque estas naves no sirven para la navegación interestelar, siempre hay naves de comerciantes en las inmediaciones de Rapsitl.

—Con eso ya había contado yo —manifestó Ysya—. Además, debes saber, si es que ya no lo sabes, que en este sistema hay otro planeta donde las naves terrestres van y vienen con notable frecuencia. Claro que los asteroides nos han defendido siempre de

invasiones extrañas -menos una vez, naturalmente- pero si guardamos el secreto de los pasos, disfrutaremos de grandes ventajas.

—Si quieres comerciar y hacer progresar a tu clan, ese secreto tendrá que desaparecer, Ysya. No se puede actuar de una forma unilateral en según qué cuestiones. Los gremios podrían negarse a comerciar contigo si no les indicas los pasos con toda exactitud.

Ella emitió un leve suspiro.

—Bueno, tendré que resignarme, querido.

—¿Y el dinero? Porque sin dinero no conseguirás nunca nada.

Ysya se puso en pie y le cogió de la mano.

—Ven —le invitó con sencillez.

Momentos más tarde se hallaban a la orilla del río, a unos dos kilómetros de la ciudad. Ysya saltó del carro, se descalzó y, sin más preámbulos, se metió en el agua hasta que le llegó a mitad de la pantorrilla. Entonces se agachó un instante.

Segundos después se volvió hacia el joven, con las manos juntas en forma de cuencos.

Los ojos de Gratham se dilataron por el asombro. Las manos de Ysya estaban llenos de unos guijarros vítreos de todos los colores, cuya identidad no era difícil de establecer.

—¡Dios mío! —exclamó, perdido el aliento por unos momentos.

—¿Crees que habrá suficiente? En este rincón el lecho del río está literalmente sembrado de piedras preciosas. Nosotros —añadió la muchacha—, no les concedimos nunca ningún valor. Fue Fantelli el que me dijo las cosas que podrían hacerse con estas piedras preciosas.

Gratham meneó la cabeza.

—Casi podrías comprar la Tierra —manifestó.

Ysya sonrió con malicia. Abrió las manos y los brillantes cayeron de nuevo al agua.

—Me conformaría con comprar un esposo.

Gratham se metió en el río y la abrazó con pasión.

—Si te refieres a mí —sonrió—, no te he de costar ni un solo céntimo. «Soy» gratis, ¿comprendes?

—Pero con una condición.

—Aceptada.

—¿Me llevarás contigo a la Tierra? Mi mayor anhelo ha sido

siempre conocer ese hermoso planeta.

Gratham se echó a reír.

—¡El buen canalla de Lepaine! —exclamó—. Siempre le creí un iluso, pero ahora veo que tenía razón.

—¿Quién es ese Lepaine? —preguntó ella, extrañada.

—Oh, olvídalo, no tiene ninguna relación con nosotros. —El joven la apretó aún más contra su pecho—. Emprenderemos el viaje en cuanto tú lo dispongas.

—¿Mañana? —preguntó ella ávidamente.

—Mañana —afirmó Gratham, cuando se inclinaba para besarla.

FIN